

El **CORSARIO** **AZUL**



El
**GOBERNADOR
VILLEGAS**

por J. L. FÓN



El sol derramaba su luz resplandeciente por la cuenca del Yaqui Chico. La cinta del río brillaba al atravesar la manigua, los ingenios y los cafetales, deslizándose suavemente en dirección al mar.

Sobre la inmensa extensión verde de la tierra, las chozas, los bohíos y las mansiones formaban manchas de distinto color.

En el desembarcadero de San Cristóbal del Río varias lanchas de cazadores de pieles y algunas almadías de leñadores descargaban los fardos que hasta allí habían transportado. Varios pescadores, de avanzada edad descansaban, tomando el sol y fumando sus viejas pipas.



J. León

El Gobernador Villegas

El Corsario Azul - 10

ePub r1.0

Lds 03.06.18

Título original: *El Gobernador Villegas*

J. León, 1949

Dibujante portada e interiores: F. Batet

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



El **CORSARIO** **AZUL**

RO J. LEÓN



El Gobernador Villegas

Ediciones  *Clipper*



CAPÍTULO PRIMERO

UN MENSAJE URGENTE

El sol derramaba su luz resplandeciente por la cuenca del Yaqui Chico. La cinta del río brillaba al atravesar la manigua, los ingenios y los cafetales, deslizándose suavemente en dirección al mar.

Sobre la inmensa extensión verde de la tierra, las chozas, los bohíos y las mansiones formaban manchas de distinto color.

En el desembarcadero de San Cristóbal del Río varias lanchas de cazadores de pieles y algunas almadías de leñadores descargaban los fardos que hasta allí habían transportado. Varios pescadores, de avanzada edad descansaban, tomando el sol y fumando sus viejas pipas.

Los tejados rojos de la aldea despedían vivos reflejos y las encaladas paredes, al recibir la luz del sol, cegaban la vista de los transeúntes.

Algunos negros semidesnudos cantaban melancólicamente al tiempo que descargaban los fardos de las embarcaciones. Algo amortiguado por la distancia, se oía el continuo martilleo del herrero, que, en su tienda, trabajaba sobre el yunque. Unos niños corrían junto al río, persiguiendo a un pato que graznaba con la misma dignidad ofendida que un juez.

Un jinete cruzó al galope por las polvorientas callejuelas, asustando a los transeúntes y a las gallinas que por allí paseaban, mientras algunos perros le perseguían ladrando con furor.

Vestía el jinete el uniforme de los alabarderos del gobernador y se cubría los cabellos con un ancho chambergo de fieltro gris. La espada golpeaba los costados del corcel y tanto la montura como el

hombre se hallaban cubiertos de polvo y rendidos por el cansancio, lo que indicaba que habían, recorrido un buen trecho.

Cabalgó hasta el desembarcadero, y, frenando su montura, gritó:
—¡Servicio del Rey! ¿Quién me lleva a la otra orilla?

Por un instante nadie respondió, sorprendidos por lo brusco de la aparición, pero después, un anciano pescador exclamó:

—Seguidme, señor soldado, que no se diga que falten en San Cristóbal leales súbditos del Rey.

Se apresuró el jinete a desmontar y, llevando el caballo de la brida, se dirigió hacia la barcaza que poseía el pescador. Saltó al interior, arrastrando a su caballo, y acarició al animal para tranquilizarle. La barcaza cruzó la corriente y llegó a la otra orilla. El soldado sacó el caballo de la embarcación y, de un salto, montó en la silla, Luego preguntó al pescador:

—¿Cuál es el camino que conduce a la plantación «La Garrida»?

El anciano le indicó el camino y entonces el jinete, tendiéndole una bolsa, agregó:

—El Rey paga a sus buenos servidores.

* * *

La mansión se veía poblada de risas. Clara paseaba por el jardín, dando la mano a Juliana (1). La joven no se separaba ni un instante de su hija, inmensamente feliz, por haberla podido recuperar.

Mencia y Fajeda se encontraban en la cocina. El catalán relataba la captura de una fortaleza mora que llevó a cabo él solo, mientras devoraba los pasteles y los vinos que ella le servía.

Vicente de Obregón, Villegas y un grupo de caballeros discutían acerca del mejor empleo del arcabuz para la caza, en una habitación decorada con trofeos cobrados por el dueño de la casa en expediciones cinegéticas.

En un rincón del parque, que los árboles velaban a la luz del sol y en el que soplaba una leve brisa, Ohando y Pérez de Lerma se sentaban a la sombra, paladeando el vino que un criado les servía continuamente.

—Se vive bien aquí —aseguró el alférez.

—Cierto —convino el piloto—, pero está muy lejos, del mar.

—Bueno; ya tienes el río.

—Eso no lo podía decir más que un hombre del interior —

dictaminó el vasco—. Los que hemos nacido en la costa no confundimos el mar con un río miserable.

—Ten cuidado, Martín —advirtió con sorna Pérez de Lerma—. Si te oyen los lugareños querrán ahorcarte porque has insultado al Yaqui Chico.

Ohando hizo una pausa. Vació su vaso y preguntó:

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

Juan se encogió de hombros.

—No estoy mejor informado que tú. Se lo preguntaremos a Diego. Yo, por mi parte, no deseo marcharme de aquí. Puedes creerme.

—¿No echas de menos la aventura?

—¿Es que aquí no la hay acaso? Este lugar posee todo lo que un caballero puede desear. Existen bandidos y cimarrones para que no te aburras, buena caza para entretenerte, ron y vino y hermosas mujeres.

Martín nada dijo. El alférez continuó hablando, entre sorbo y sorbo de su vaso:

—No comprendo qué te atrae tanto de Santo Domingo. Como no sea el aire salado o quizá una mujer.

El piloto respondió apresuradamente:

—Ya sabes que las mujeres no me interesan.

Juan, a quien el vino comenzaba a subírsele a la cabeza, le miró con socarronería.

—Te he descubierto, querido Martín —exclamó—. Confiesa, hipócrita —añadió con amistosa burla—. ¿Quién es ella? ¿La conozco?

Ohando repitió:

—Ya sabes que las mujeres no me interesan.

—No mientas —le advirtió Juan, amenazándole con un dedo—. Más vale que confieses quién es. Ya sabes que no pienso quitártela.

Martín se puso en pie. Sus ojos despedían chispas y apretaba los puños con furor.

—¡Te he dicho que no hay mujeres en mi vida! No quiero repetírtelo.

Pérez de Lerma le miró muy asombrado.

—Si no sabes aceptar una broma...

—Esas bromas resultan de mal gusto —le interrumpió el vasco.

—Te advierto que yo también tengo mal genio —aseguró el alférez, poniéndose a su vez en pie.

Los dos corsarios se miraron como si se fueran a atacar. El criado dio un paso atrás, para echar a correr en cuanto se agredieran.

Parecía inminente la reyerta cuando se oyó una voz imperiosa:

—¿Queréis servirme un vaso de vino?

Se volvieron los dos adversarios y vieron al capitán que se acercaba a ellos.

Villegas les contemplaba con atención. Había comprendido que estaban riñendo y deseaba evitar aquella lucha entre sus dos colaboradores más íntimos.

Se detuvo junto a ellos el Corsario Azul.

—¿Qué ocurre, camaradas? —preguntó.

Los dos aventureros respondieron a un tiempo:

—Este que... —Juan dijo...

Diego apoyó las manos en los hombros de sus dos amigos.

—¡Vamos, vamos! ¿Es que olvidaréis los riesgos pasados y las aventuras que hemos compartido por cuatro palabras dichas sin intención? Los soldados entendemos la amistad mejor que los mercaderes y que los cortesanos. De algo han de servir el hambre y la muerte que siempre anda acechando. Daos las manos como buenos amigos.

Ohando y Pérez de Lerma se miraron un instante. Las palabras del capitán y el recuerdo de su estrecha amistad hicieron que olvidaran su pugna y, deponiendo su actitud hostil, se estrecharon las manos efusivamente.

—Sírvenos más vino —le ordenó Villegas al criado—. ¿Por qué fué la discusión?

—Yo gasté una broma que no procedía y además era muy pesada y Martín se enfadó.

El piloto negó con la cabeza.

—No fué la culpa de Juan. El obró sin malicia. Fui yo que no supe aceptarlo... —Hizo una pausa y agregó—: Pero es que me ha recordado... lo que hace años que me ocurrió. Os lo voy a contar para que comprendáis por qué huyo de las mujeres y por qué me he incomodado.

Se detuvo de nuevo e iba a hablar, cuando se oyó una voz que

exclamaba:

—¡Capitán Villegas! ¡Capitán Villegas!

Se volvieron para ver a uno de los lacayos de don Vicente de Obregón que se acercaba a toda prisa.

—¿Qué ocurre?

—Señor capitán —anunció el sirviente—; os ruega mi amo que regreséis a la plantación. Ha llegado un correo de Santo Domingo.

Los tres amigos se miraron con interés. ¿Qué podría haber sucedido?

—¿No han dicho quién envía el mensaje?

—Sí, señor capitán. Su excelencia el Almirante de la Flota de Barlovento.

—¿Es que los bucaneros atacarán Santo Domingo? —dijo Ohando.

—Vayamos allá y lo sabremos —propuso Pérez de Lerma.

Se encaminaron hacia la casa, de la que hacía tan escasos minutos había salido el capitán.

—¿Qué le ocurrirá a don Juan Francisco? —preguntó Martín.

—Pronto lo sabremos.

Llegaron a la mansión y Vicente les dijo:

—Un correo a caballo os espera en la casa.

Se dirigieron hacia allí los aventureros y vieron a un jinete, con las ropas y el calzado cubierto de polvo, que vestía el uniforme de la escolta del gobernador de La Española.

Al ver al Corsario Azul, se cuadró marcialmente.

—Señor capitán, soy el cabo de alabarderos Álvarez Medrano. Su excelencia el almirante me ha entregado este mensaje para vos.

Lo tomó Villegas, diciéndole:

—Ve a la cocina, que mi escudero se encargará de que seas bien agasajado.

El cabo saludó con una reverencia y salió. Diego abrió tranquilamente el mensaje.

«Señor capitán Villegas: Os ruego que a la mayor brevedad os presentéis en Santo Domingo, pues han ocurrido ciertos sucesos que exigen vuestra presencia en esta ciudad. No sabéis cuánto lamentó tener que interrumpir la licencia que tan bien habéis ganado,

pero es de gran importancia lo que me mueve a llamaros. Vuestro afectísimo,

Montemayor».

Diego sonrió y dijo a sus amigos:

—Escuchad esto. Les leyó el mensaje y luego preguntó:

—¿Qué os parece?

Ohando se encogió de hombros.

—En cuanto lleguemos a Santo Domingo lo sabremos.

—»Además, ¡voto a sanes!, será bienvenido aquello que ocurra. Estoy cansado de tanta tranquilidad. Tengo ganas de abordar alguna nave.

Diego llamó a un lacayo, ordenándole:

—Avisa a mi escudero.

Luego se fué al encuentro del hacendado.

—Don Vicente, me veo obligado a regresar a Santo Domingo.

Obregón hizo un gesto de malestar.

—No sabéis cuánto lamento que debáis marcharos. Recordad siempre que en mí encontraréis un amigo que no os olvidará jamás. Daré orden de que os preparen el equipaje.

Fajada entró en la habitación en el momento en que salía el hacendado.

—Pedro, regresamos a Santo Domingo —explicó el capitán—. Parece que tenemos trabajo.

El catalán suspiró.

—¡Es la voluntad del Cielo! Pero me duele separarme de Mencía.

—Eres un soldado —le advirtió Pérez de Lerma— y ya sabes cuál es la vida del guerrero: cruzar por aldeas, de paso para una batalla, y enamorar a una mujer durante un descanso.

Fajada asintió.

—Voy a preparar los caballos.

Clara entró, con visibles muestras de tristeza reflejadas en su hermoso semblante.

—¿Es cierto lo que mi esposo ha dicho, señor capitán?

—Así es.

La joven contempló por un instante al corsario y luego agregó:

—Os recordaré siempre. Cada vez que estreche a mi hija en mis

brazos sabré que os la debo a vos. Cada vez que junto a mi esposo me sienta dichosa, recordaré que es a vos a quien debo esta felicidad. —Tendió la joven la mano al aventurero y añadió—: Jamás os olvidaré...

Una hora más tarde, los aventureros salieron al jardín, donde tenían preparado su equipaje y los caballos. Pero en vez de las cabalgaduras que habían alquilado en la capital se veían cuatro magníficos corceles de guerra, fogosos y fuertes, que piafaban con inquietud. Los arneses eran de cuero fino, con adornos de oro.

Obregón se acercó, sonriendo al capitán.

—Me permitiréis este pequeño obsequio, como recuerdo del gran favor que os debo.

Mencía, secándose los ojos, le entregó a Fajeda una cesta.

—Es una merienda ligera que te he preparado.

El escudero la tomó sin más palabras.

—¿Te volveré a ver, Pedro?

Se encogió de hombros el catalán.

—Ya sabes cuál es la vida de un soldado. Hoy aquí y mañana allá. Cualquiera sabe dónde van a mandarnos.

Diego saltó sobre la silla y gritó:

—¡Vamos!

Sus compañeros le obedecieron. El correo se unió a ellos y partieron todos al galope.

CAPÍTULO II

UNA MISIÓN DIFÍCIL

Los jinetes entraron al galope en Santo Domingo.

Su aspecto atraía la atención de los transeúntes, que se volvían para contemplar aquellas figuras cubiertas de polvo, y murmuraban:

—¡El Corsario Azul y sus compañeros!

Un grupo de soldados detenidos junto a una hostería comentaban con admiración:

—Ahí va el señor capitán Villegas.

Dos jóvenes damas de la aristocracia de la ciudad dijeron, señalando a los jinetes:

—Aquél, el más joven, es don Juan Pérez de Lerma.

En una esquina paseaban cuatro espadachines de patibulario aspecto. Uno de ellos, señalando a Fajeda, exclamó:

—Aquél es el hombre que me ganó los dineros a los dados. Voy a...

Uno de sus amigos le detuvo cuando empuñaba la pistola.

—Cálmese, voace^[1]. Que más vale perder las doblas con ese hombre que intentarlas recuperar.

Cabalaron los corsarios hasta, llegar a la residencia de Villegas. Saltaron a tierra y Fajeda tomó las riendas de los corceles. El correo saludó y dijo:

—Informaré al almirante de que habéis llegado a la ciudad.

Diego entró en su casa y encargó a uno de los lacayos:

—Ve en busca del sargento Leyden. Le encontrarás con seguridad en el galeón o en «La espada de Toledo».

Los tres amigos se quitaron el polvo del viaje y se cambiaron de

ropa.

Al poco rato el lacayo anunció.

—El sargento Leyden espera.

Salió Villegas, encontrando al alemán en la sala. Gustavus se cuadró con militar rigidez y saludó:

—Bienvenido, señor capitán.

Le estrechó la mano el corsario y le invitó:

—Sentaos. —Hizo una pausa mientras servían vino al tudesco y después preguntó:

—¿Cómo ha ido la leva?

—Muy bien, señor capitán. Están ya reunidos los seiscientos hombres y el galeón está reparado. Pusieron todos los cañones.

—¿Instruisteis ya a los reclutas?

—Claro, mi capitán.

—¿Podría revisarlos yo a las cuatro de esta tarde?

—Cuando gustéis.

—De acuerdo. Entonces, da la orden.

Salieron en aquel momento Ohando y Pérez de Lerma, que saludaron al sargento y comenzaron a hacerle preguntas. El alférez quería saber qué clase de gente eran los reclutas y el piloto indagaba todo lo concerniente a las reparaciones de «El Antillano».

Diego se dispuso, a visitar al almirante.

Vestía una casaca de terciopelo negro, abierta por la parte alta con el blanco cuello de la camisa por fuera, ceñida por un amplio cinturón de cuero y cruzada por un tahalí de buen cordobán, recamado de oro, del que pendía su tizona. Los pantalones negros se enfundaban en altas botas de cuero negro y se cubría las manos con guantes de gamuza del mismo color. Sus negros y largos cabellos enmarcaban un semblante enjuto y bronceado, que denotaba energía, en el que sonreían sus pupilas oscuras. Se cubría la cabeza con un ancho chambergo de fieltro, adornado con plumas del mismo color y sobre la casaca colocó la banda roja de capitán. En el corazón ostentaba la cruz de Santiago.

Salió de su casa el corsario, dirigiéndose hacia la residencia del almirante. Al verle pasar, la gente murmuraba su nombre o le saludaban con respeto.

Llegó ante el palacio de Montemayor y los alabarderos se cuadraron rígidamente. Un oficial le guió hasta la antecámara del

almirante. Se veían allí reunidos un buen número de pilotos de los galeones reales y de oficiales de la infantería embarcada. Asimismo podían verse una gran cantidad de marineros, soldados e hidalgos que acudían a solicitar audiencia, pues en aquella época los generales recibían personalmente a sus subordinados y trataban de sus asuntos.

Cuando los oficiales y pilotos vieron a Villegas se apresuraron a rodearle, saludándole con efusión.

—¿Os divertisteis durante la licencia? —preguntó un veterano capitán.

—Mucho. La caza abunda mucho por aquella región.

—He visto a vuestra leva mientras se instruía —aseguró un alférez de infantería—. Resultarán buenos soldados.

En aquel momento un lacayo anunció:

—Su excelencia el almirante espera al señor capitán Villegas.

Despidiéndose de los oficiales Diego entró en el despacho de don Juan Francisco. Hizo una cumplida reverencia y exclamó:

—A la orden de vuestra excelencia.

Montemayor sonrió al verle.

—Bienvenido, querido Villegas. Sentaos. —Carraspeó mientras obedecía el corsario y luego preguntó—: ¿Descansasteis durante la licencia?

—Ciertamente, excelencia —dijo el capitán sonriendo.

—Más vale así, porque el trabajo que os espera debe encontraros en posesión de todas vuestras energías. ¿Conocéis la isla de Granada?

—He tocado en la capital una o dos veces. Mi antiguo enemigo, Francois

L'Olonais

[2], la saqueó en cierta ocasión.

Montemayor hizo una pausa.

—Hoy se encuentra en una situación parecida o peor.

—¿Qué es ello?

—Una flotilla pirata de cuatro naves sitia la isla. Ningún buque puede salir sin ser saqueado por los filibusteros. De cuando en cuando alguna embarcación logra cruzar el bloqueo, pero son pocas. La colonia, como usted sabe, es muy próspera. Los yacimientos perlíferos son casi tan ricos como en la Isla de las

Perlas^[3]. Está a punto de arruinarse.

—¿Cómo no persigue la escuadra a los bucaneros?

—Se ocultan en los islotes del archipiélago de Barlovento y en las costas de Venezuela. Sería necesario destinar allí varios buques, que no podemos separar del núcleo principal de la armada, ya que estoy preparando una expedición contra la isla de Signatey. Es necesario que desde la misma isla luchen contra ellos. Por esta razón el virrey de Bahía os ha nombrado gobernador de la isla Granada.

Villegas abrió la boca asombrado.

—Pero... pero..., ¿qué es lo que debo hacer?

—Derrotar a los piratas y organizar las defensas de la isla que el actual gobernador, Iñigo de Quesada, hombre pacífico y medroso, no ha sabido levantar. —Tomó un documento y se lo entregó al corsario—. Aquí tenéis el nombramiento, que ha llegado en el último correo.

Diego se lo guardó y dijo:

—Debo aún revisar mi galeón y la nueva leva.

—La he visto maniobrar a las órdenes del sargento tudesco. Me parecieron buena gente, dura y bragada.

—Necesitaré, para gobernarla, nombrar un nuevo alférez y dos sargentos.

El almirante extendió los nombramientos en blanco y se los tendió al capitán.

—Llenadlos a vuestro juicio.

* * *

«Le Brave Boucanere» se veía, como de costumbre, repleta de público. De todas las tabernas de La Tortuga era la que más clientela tenía y la que concurrían los jefes de la tenebrosa asociación «La Hermandad de la Costa».

En su habitación de costumbre se reunían estos cabecillas, cuyo nombre se veía siempre nimbado de un halo de sangre y crueldad. El caballero de Grammont, junto con su compatriota Franquesnay, reía con frío escepticismo; el gigantesco, Van Horn, en compañía de Cook y de John Davis, bebía cerveza sin parar; algunos capitanes de menos cuantía, como Montbarts, siempre atildado y gentilhomme; de Cussy, uno de los jefes de los plantadores de Haití el albino y

sádico Hennessey, a quien agradaba atar a sus cautivos en los mástiles de la nave capturada y prender fuego en la pólvora que había esparcido por cubierta, abandonando el buque al garete, y el astuto y audaz Kimball. Presidente de la reunión se veía al corpulento y sonriente

H'enry

Morgan.

Charlaban alegremente acerca de sus aventuras pasadas y de sus planes para acabar con el Corsario Azul, cuando, de pronto, se oyó un extraño rumor en la sala de la taberna. Chillaban y hablaban los parroquianos, como si algo extraño ocurriera.

Macmanus, el contramaestre de Morgan, entró muy excitado en la habitación.

—¡Capitán! ¡Capitán!

Henry le miró.

—¿Qué ocurre?

—Francois

L'Olonais

acaba de entrar en la taberna.

—¿Qué dices? —exclamó el filibustero.

—Debes estar borracho —aseguró John Davis—. Yo vi cómo los españoles le arrollaban y de los hombres que le seguían ni uno solo se salvó.

—¡Pues os digo que aquí está! —afirmó Macmanus.

En aquel instante, un hombre se detuvo en el umbral de la habitación. Era alto y al parecer fuerte, pero estaba muy delgado. Su semblante cetrino se veía cubierto por una espesa barba. Vestía una camisa de algodón y calzones de piel sin curtir, arrollados hasta las rodillas. Tan sólo sus ojos poseían una vivacidad y una llama de valor indomable que todos conocían muy bien. Morgan fué el primero en hablar.

—¡François

L'Olonais!

El aludido asintió.

—Sí; soy yo, y, por lo que más queráis, dadme un trago. Hace semanas que no como más que pescado crudo.

Se acercó a la mesa y él mismo se sirvió un vaso de ron. Lo apuró con placer y miró a los hombres que le rodeaban, en silencio.

John Davis dijo:

—No puedo creerlo. Cuando yo me retiraba hacia los buques vi cómo los españoles te arrollaban. Te creí muerto.

El olonés asintió.

—Ellos también me creen muerto, pero yo haré que sientan sobre su carne mi presencia en este cochino mundo.

Grammont le apremió:

—Cuéntanos lo que ha sucedido.

François se sirvió otro vaso de vino y permaneció un instante silencioso. Luego comienzo a decir:

CAPÍTULO III

FIN DE UNA AVENTURA QUE ES EL COMIENZO DE UNA NUEVA

—Ante la última carga de los españoles, me oculté entre la maleza. Sabía que no darían cuartel como yo no lo he dado, pero no me interesaba morir de aquella manera. Vi cómo los aventureros del capitán Villegas y los soldados acuchillaban a mis hombres. Al fin cesó la lucha y los españoles regresaron a la ciudad de Campeche, conduciendo un buen número de prisioneros. Preferí permanecer oculto, ya que aun quedaban patrullas y grupos de soldados, y si me hubieran capturado no habría vivido ni dos minutos más. Esperé a que naciera el nuevo día y entonces salí de mi escondrijo. Todo el campo estaba sembrado de cadáveres. Los buharros graznaban, revoloteando por encima de los muertos. Junto a un árbol, con el cuerpo atravesado de una estocada, encontré a Gremillon. Me sorprendió de pronto oír una voz que entonaba una monótona canción. Era un mestizo que robaba a los muertos. Le maté de una puñalada. Luego me vestí con sus ropas y me dirigí hacia Campeche. En todas las alquerías y granjas la gente se regocijaba. Yo pregunté a un negro a qué se debía aquella alegría^[4].

—Es debido a que mataron a un famoso pirata llamado el Olonés.

—¿Por qué lo celebran cuando hay tantos que ocuparán su sitio?

—Les hizo mucho daño y era tan cruel que la gente prefería morir a caer en sus manos.

Francois hizo una pausa y sonrió con dureza.

—Esto no dejó de enorgullecerme, pues era, en cierto modo, un tributo. —Se sirvió el bucanero un vaso de vino y continuó—: Me refugié en el barrio del puerto, entre los pescadores borrachos, los fugitivos de la justicia y los ladrones. Allí viví algún tiempo. Al fin logré ganarme la voluntad de algunos mestizos. Nos apoderamos de una canoa que ocultamos en la playa y que llenamos de víveres. Al fin, una noche nos escapamos y pusimos proa a La Tortuga. —

L'Olonais

hizo una pausa y con cruel expresión dijo—: Pero hay algo que jamás olvidaré. Yo vi cómo las autoridades de Campeche regalaban una bandera al capitán Villegas. Vi, con mis propios ojos, cómo todos le felicitaban por su triunfo. Son dos deudas que tengo con ese español. Una es la muerte de Lope Álvarez, mi antiguo capitán^[5]; otra es la derrota en Campeche. No pararé hasta matarle.

Morgan, más práctico que los demás, preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

El Olonés se encogió de hombros.

—No sé. Iré a ver a *Monsieur* de la Place. Quizá pueda darme una nave y entonces reharé mi fortuna.

François salió de la taberna. El peso de la derrota caía sobre él. Había soñado con obtener un título nobiliario y llegar a ser gobernador. Todos sus sueños desaparecieron ante la tizona del Corsario Azul.

Se encaminó al palacio del gobernador. Su paso por las calles despertaba un gran interés. Todos le miraban como a un ser extraño, como si hubiera salido de la tumba.

Oía cómo repetían su nombre y cómo comentaban su cambio de fortuna.

—¡Es Francois

L'Olonais!

¡Nadie jamás le vio así!

—Le creíamos muerto.

—Es igual. Ya ha concluido como capitán.

El bucanero continuó su camino, con los puños apretados. Creían que su carrera de pirata había acabado en aquel momento. Se equivocaban. Sabría abrirse nuevamente camino y demostrar a todos de lo que era capaz Francois

L'Olonais.

Llegó ante la residencia del gobernador y pidió audiencia. Los alabarderos que montaban guardia le miraron con asombro. No podía ser y, sin embargo, aquél era Francois L'Olonais.

Monsieur de la. Place le recibió sin creer por completo que aquél fuese el famoso bucanero. Contempló un instante a aquel hombre barbudo y de aspecto salvaje. Parecía muy distinto del bien plantado Olonés, pero, sin embargo, sus ojos eran los mismos que los del terrible capitán pirata.

—¿Sois vos en efecto, Francois? —exclamó—. No creí volveros a ver jamás.



—*Les François L'Olonais! Nodre jamás le vió así!*

El bucanero sonrió con dureza.

—Villegas cree lo mismo, pero se llevará una gran sorpresa.
Monsieur de la Place le miró algo sorprendido.

—¿Pensáis buscarle?

—Sí.

—¿Y con qué contáis? Tened en cuenta que don Diego, posee

uno de los mejores galeones del Caribe. Bien artillado y con una tripulación veterana.

L'Olonais dio una palmada sobre la mesa.

—¡Dadme una fragata y yo demostraré a ese corsario que es un mal negocio enfrentarse con «La Hermandad de la Costa»!

El gobernador se acarició el bigote.

—Sí, ciertamente. Pero yo no tengo ningún buque disponible para prestároslo.

François quedó estupefacto, mirando al francés. Creía comprender lo que estaba sucediendo. Los filibusteros, al verle por la calle, comentaron que había ya concluido como capitán. No sería, desde aquel momento, más que uno de los muchos mendigos borrachos que paseaban por La Tortuga, alimentándose de desperdicios y esperando que alguien les invitara a un trago.

Francois

L'Olonais,

el bucanero, había muerto en Yucatán. El que entonces cruzaba las calles de la ciudad de los piratas era una piltrafa humana, de la que ningún provecho podía esperarse.

Bajo el peso de su desgracia, el olonés salió de la residencia del gobernador mezclándose con los proscritos que llenaban las calles.

Pero la voluntad sostiene a un hombre incluso cuando sus semejantes le han señalado como a un fracasado y el bucanero logró abrirse nuevamente paso. Los mestizos que le habían acompañado desde Yucatán no le abandonaron y durante algún tiempo se ganaron el sustento ayudando a descargar las embarcaciones. Después lograron enrolarse de simples marineros en un buque pirata y al volver compraron mosquetes y pólvora, marchando a Haití para dedicarse a la caza. Un día, Francois regresó solo a la isla. No sé supo jamás qué había sido de sus compañeros, pues nadie hacía preguntas enojosas en La Tortuga y el interesado no habló. Traía consigo algún dinero y logró adquirir un bergantín goleta, tripulado por veintiún hombres reclutados entre la hez de los bucaneros. Eran los desechos de las dotaciones de los demás buques, los asesinos e indeseables que tan sólo la cruel mano de Francois podía mantener en cintura.

Con esta nave se dedicó a saquear las cosas de Cuba y de Puerto Rico, ya que en La Española era muy fácil encontrar a «El Antillano»

y el olonés, si bien era muy audaz, no estaba loco.

Navegó por las costas de Cuba hasta que un día halló una corbeta mercante que llenaba sus barriles de agua. Francois dispuso a sus hombres y con rapidez los lanzó sobre los desprevenidos marineros, apoderándose, tras una corta lucha, de la embarcación española. Regresó a La Tortuga, y enroló nueva tripulación para ambos buques. Al mando del bergantín goleta, colocó a su segundo, un normando fanfarrón y cruel, llamado Du Vallon Este fué el principio de su nueva carrera. Comenzó capturando presas pequeñas hasta que abordó una fragata y con sus tres embarcaciones se dirigió hacia las costas del sur, refugiándose en un islote, llamado desde entonces Nido de Buharros, y comenzó a sitiar la isla Granada.

* * *

Diego salió de su casa y, seguido por Fajeda, se encaminó hacia el muelle, donde aguardaban los corsarios para que les pasara revista. Vestía el capitán igual que aquella mañana cuando visitó al almirante.

Con la mano izquierda apoyada en la empuñadura de la tizona, Villegas cruzó las calles de Santo Domingo. Los transeúntes le saludaban con grandes muestras de respeto y Pedro marchaba a su lado muy orgulloso de servir a tan notorio soldado.

Antes de llegar al puerto le salieron al encuentro Martín Ohando y Pérez de Lerma. Lucía el piloto una casaca cerrada de paño oscuro, con cuello blanco, ceñida por un amplio cinturón. Pantalones del mismo género y medias negras. Calzaba zapatos con hebilla de plata y de un tahalí de cuero pendía una gigantesca espada. Se cubría los cabellos con un amplio sombrero, adornado con unas plumas.

El alférez era la representación de la elegancia y de la distinción. Parecía un barbilindo de los que en Cuba rodeaban al gobernador, pero esta falsa impresión desaparecía, para los aventureros, en cuanto advertían su mirada acerada y fogosa. En sus labios bailaba siempre una sonrisa que se ensanchaba al crecer el fragor de la batalla. Ostentaba una casaca de terciopelo blanco, con puños y cuello de encaje, que ceñía una faja de seda. Sus pantalones eran del mismo género y se enfundaban en altas botas blancas. Lucía

siempre espuelas, incluso a bordo. De un rico tahalí bordado en plata pendía la tizona que, como prueba de su agradecimiento, le regaló Rebecca Grattan^[6]. Su amplio y emplumado chambergo era de terciopelo blanco. Enfundaba sus manos en guantes calados del mismo color.

Los dos corsarios saludaron a su jefe y juntos se encaminaron hacia el puerto, donde un gran gentío se había congregado para presenciar la revista.

Sobre las aguas se balanceaba la maciza mole de «El Antillano», con el estandarte azul ondeando en el palo mayor. En cubierta se reunían artilleros y marineros, junto a Matholi y a Azogue.

En el muelle formaban los corsarios en posición de descanso. En cuanto apareció el capitán, unía voz de mando, con inconfundible entonación germana les hizo adquirir una severa rigidez militar.

Gustavus Leyden, con la mano en la tizona, hizo una profunda reverencia, que los oficiales contestaron. Martín, Pérez de Lerma y Fajeda quedaron aparte, mientras el capitán se dirigía, junto con Leyden, hacia la formación de corsarios. Advirtió que la música había aumentado, pues se veían dos pífanos y dos a tambores, que, a una señal del sargento, tocaron una marcha militar.

En cabeza, a las órdenes de Fernando Mendoza, formaban los alabarderos, con el arma al hombro y la mano izquierda en la empuñadura de la espada o del machete. Luego se veía a los piqueros, en igual posición, y por último a los arcabuceros, con las cartucheras cruzadas sobre el pecho. En último término aparecía un corneta, armado de espada y de pistolas.

Eran todos los alabarderos, cuyo número había aumentado a cincuenta, antiguos miembros de la tripulación, bronceados, musculosos y altaneros, henchidos de orgullo por ser veteranos a las órdenes del capitán Villegas. Se mantenían erguidos y rígidos, como si perdonasen la vida al mundo entero, pero dispuestos siempre a saltar a la lucha.

Los reclutas piqueros estaban integrados por antiguos «delats», corsarios y espadachines o hidalgos que buscaban fortuna en las Indias. Mostraban su satisfacción por ser puramente hombres de guerra. Los arcabuceros eran cazadores, o soldados de Flandes y de Italia acostumbrados a las penalidades de una campaña ya los peligros de una batalla.

Todos, reclutas y veteranos, temían, sin embargo, un destino común; todos lucían en el porte, en sus ojos de ardiente mirada y en sus rasgos agresivos, el sello de su casta. Eran aventureros. Según sus edades, que oscilaban entre la adolescencia y la madurez, habían recorrido más o menos mundo, enrolados en las naves españolas, en los tercios o en los «delats» y cuerpos francos que, como aves de presa, precedían a las tropas de su majestad.

Ninguno había nacido para otra vida que no fuese la de soldado. Ninguna ocupación conocían más que la de las armas y el bramido de la batalla era, para ellos, una dulce música.

Villegas les contempló con emoción. Aquéllos eran sus hombres, los que le seguían en los combates, eran sus hermanos de casta, a los que los peligros y las batallas hizo sus iguales, borrando toda diferencia de cuna y de clase. No estaba tan lejano el día en que él mismo, cuando aun no despuntaba el bozo, había figurado en una compañía con una pica al hombro. Luchadores como aquéllos habían compartido con él sus alegrías y sus penas, el rancho y el vino, ayudando a marchar cuando le vencía la fatiga.

Hermanados por la aventura, formaban codo con codo hombres que en la vida pacífica se hubieran visto separados por sus distintas posiciones. Junto, a rudos soldados de musculosos miembros, se veía a caballeros de ademanes aristocráticos y al lado de campesinos toscos a ilustrados y revoltosos estudiantes.

Algunos eran aldeanos a quienes oprimía el ambiente mezquino del villorrio, otros, herederos de algún viejo título cuyos belicosos temperamentos no soportaban la molición de la corte; había también estudiantes que no se conformaban a apolillarse bajo una toga de letrado y artesanos para quienes la fragua o la mesa de trabajo representaba un suplicio.

Eran todos los «malas cabezas» del reino, aquéllos a quienes la gente sensata denominaba entre despectiva y envidiosa los «cuatro lobos» y a quienes la Humanidad debe todos sus adelantos y todo su bienestar, que los aventureros ganaren arriesgando generosamente sus vidas, mientras con las tizonas abrían el camino de la civilización.

Ninguno lucía uniforme de la menor especie. Lo único que ostentaban en común eran las pistolas al cinto y algunos una daga, o un puñal. Tan sólo las picas y los arcabuces eran iguales, pues de

los costados de los corsarios pendían indistintamente machetes, tizonas y espadas enrejadas. Algunos iban en mangas de camisa, despechugados y fuertes; otros lucían casabas de paño o coletos de ante y no faltaba quien ostentaba el coselete sobre la piel. Calzaban botas altas o de campana, zapatos de marinero o bien adornados con hebillas de metal e incluso de plata. Muchos ludan amplios calzones de gente de mar, o pantalones embutidos en botas, o ajustados con una media. Entre la formación, cuyas armas resplandecían al sol, Diego distinguió el amplio chambergo negro, sin adornos de ninguna clase, de Fernando Mendoza, los pañuelos anudados a la cabeza de Menergas y del Extremeño y el casco del Tuerto.

En silencio, Villegas tendió la mano a Leyden.

—Nadie lo hubiera hecho mejor —aseguró.

El sargento hizo una señal y cesó la música. Entonces, el Corsario Azul, en compañía de Ohando, se dirigió al galeón, mientras Pérez de Lerma saludaba a Gustavus.

En la cubierta de «El Antillano» resonó el silbato del contramaestre y se oyeron las pisadas de los marineros y artilleros que corrían a ocupar sus puestos.

Vicente de Azogue y Luigi Matholi saludaron respetuosamente a su capitán. Diego examinó la nave. Los desperfectos ocasionados por la metralla enemiga habían sido reparados. El mascarón de proa, formado por un león lampante, aparecía orgulloso y retador. De los costados salían las setenta bocas de fuego, como una amenaza para los enemigos de España. Las lanchas, que empleaban para los desembarcos, ocupaban su puesto. Las velas aparecían recogidas y los metales reducían a la luz dial día. Todo estaba limpio y ordenado. Las cubiertas habían sido baldeadas y la pintura y la brea se veían nuevas.

Los marineros formaban en la cubierta superior. Muy rígidos, mirando al frente, con el pecho hinchado y el mentón salido, permanecían inmóviles esperando que su capitán les revistara. Vestían todos amplios calzones y camisas blancas o jubones de ante, calzaban gruesos zapatos y se cubrían los cabellos con pañuelos, gorros de lana o un ancho chambergo. Iban armados de machetes, pistolas y un cuchillo, tan útil en una reyerta como para ejecutar un trabajo. No faltaban los que ostentaban al cinto un hacha de

abordaje.

Diego los examinó con atención. Eran todos hombres de mar, procedentes de la flota real o de las embarcaciones mercantes. Eran bronceados, ágiles y desenvueltos y olían a sal y a brea, como todos los marineros de aquella época.

Se sorprendió el capitán al encontrar al final de la formación a un muchacho de doce años, sin armas, vestido a la usanza de los hombres de mar. Se volvió hacia Azogue y preguntó:

—¿Quién es este marino?

Vicente respondió:

—El grumete, señor capitán. Vino a alistarse diciendo: ¿Hay puesto para un hombre honrado? Yo lo aliste, ya que su cargo es muy necesario.

Asintió Diego e indagó:

—¿Cómo te llamas?

—Rodrigo Bermejo.

—¿Sabe tu padre que te enrolaste?

—No tengo padre ni madre tampoco, que ambos murieron a manos de piratas.

—Bien, Rodriguillo. —Luego se volvió hacia el contramaestre—: ¿Cómo es que no lleva armas?

—No es costumbre que los grumetes las lleven.

—Pues que se las den. En «El Antillano» sólo navegan caballeros.

Se dirigió Diego a revisar la artillería. Las piezas de cubierta aparecían limpias y pulimentadas, asomando por los paños. Junto a cada cañón se agrupaban los servidores, armados de machetes y pistolas. En el entrepuente, alumbrado por farolas de aceite, se exponían las bocas de fuego que apuntaban hacia el mar. Los artilleros, en posición de firmes, se hallaban dispuestos iniciar las descargas.

Descendió luego el capitán hacia otra cámara, donde nuevos cañones apuntaban por las portañolas.

Matholi había elegido bien a sus hombres. Eran antiguos artilleros de la marina real, o de las naves corsarias del Mediterráneo. Se encentraban entre ellos artilleros de los ejércitos que en Europa mantenía su Católica Majestad.

No resultaba difícil distinguirlos. Estos últimos vestían al estilo de los soldados, pantalones de paño y medias o botas, camisas

blancas o coletos de ante y al cinto la espada, mientras que los antiguos artilleros navales vestían igual que los marineros. Villegas inspeccionó después el pañol de víveres, la Santa Bárbara, los sollados donde se alojaban los tripulantes, las cocinas y las cámaras.

Todo estaba en perfecto orden. Matholi y Azogue habían sido tan concienzudos en su trabajo, como Leyden lo fué en el suyo. Ohando aprobaba todo lo que veía con grandes muestras de satisfacción.

Diego descendió al muelle.

—Debo felicitaros a todos, señores —afirmó dirigiéndose al sargento, al condestable y al contramaestre—. Todos habéis cumplido con vuestra obligación, sin olvidar un solo detalle. —Luego se volvió a Leyden—. ¿Quién os ayudó a instruir a los reclutas, señor alférez?

El tudesco le miró con sorpresa. Villegas sonrió, al tiempo que le tendía la mano.

—Será necesario nombrar un oficial —le dijo—, para que junto con Pérez de Lerma gobierne a la tropa y, ¿quién mejor que tú?

Gustavus estrechó con emoción la mano que le tendía su capitán.

—¡Gracias, señor! —exclamó. Luego dijo—: Fernando Mendoza fué quien más me ayudó a instruirlos.

El Corsario Azul se volvió hacia él.

—Venid aquí, sargento Mendoza.

Muy sorprendido, el segundón avanzó hacia su jefe.

—Cumplid como hasta ahora y que tengáis suerte en el desempeño de vuestro cargo.

—Gracias, señor. ¿Pero quién dirigirá ahora a los alabarderos para que abran camino a vuestra tropa?

—Menergas —anunció el capitán—. Queda nombrado cabo de alabarderos.

El interesado abrió la boca con asombro, ya que jamás había pensado que esto pudiera ocurrir. Sus inseparables compañeros el Tuerto y el Extremeño sonrieron alegres, ante su buena fortuna.

Villegas se volvió hacia Leyden.

—Señor alférez, necesitaréis un sargento para que os ayude, puesto que Mendoza queda a las órdenes de don Juan. ¿Quién proponéis?

Gustavus se acarició la barba.

—Acaso sirviera Felipe de Castro.

—Que se acerque.

El alemán se volvió hacia la formación.

—¡Felipe de Castro!

De las filas se destacó un gigante joven y hercúleo de aire fanfarrón.

Vestía colete de ante, con la blanca camisa abierta, y negros pantalones, galoneados de plata, embutidos en altas botas de cuerpo. Un tahalí de cuero le cruzaba el amplio pecho, del que pendía una larga tizona. En el cinturón, que ajustaba la prenda a sus estrechas caderas, lucía dos pistolas y al hombro apoyaba una pica. Se cubría los negros cabellos con un chambergo de plumas rojas y en su semblante se erizaban unos bigotes a la borgoñona.

Se cuadró el corsario ante Villegas. Éste le examinó con atención.

—¿Sois recluta?

—En la tripulación de vuestro buque sí, mas no en la guerra, que mis bigotes crecieron regados con el vino y la pólvora de los campamentos.

—¿Habéis sido soldado?

—Ciertamente, señor capitán. Serví en Italia con el conde de Monterrey y en Flandes, en el tercio de Castellví. Fui cabo varias veces, he sido herido y he tomado parte en distintas batallas.

—Pienso nombraros sargento. ¿Qué tenéis que decir?

Atusándose el bigote replicó Felipe de Castro:

—Que otros lo hicieron peor que yo.

CAPÍTULO IV

CIUDAD DE LA PERLA

El galeón se acercaba a la caleta en la que descansaba, blanco, rojo y verde de palmeras, Ciudad de la Perla. El sol refulgía sobre la población, parapetada en los altos acantilados de la isla Granada.

En el puerto se veían innumerables embarcaciones pesqueras y algunos bergantines y corbetas de mayor tonelaje. Recortando contra el cielo sus perfiles sombríos, se erguía la fortaleza con sus bocas de fuego apuntando hacia el mar.

Sobre el fondo azul del mar, que despedía innumerables destellos, y la superficie rocosa y poblada de vegetación de la isla, Ciudad de la Perla semejaba un blanco nido de paz, en un océano hermoso y plagado de luchas.

Desde el puente, Villegas contempló la ciudad y la isla que iba a gobernar. Allí comenzaba una nueva aventura que, como siempre, sólo Dios sabía cómo iba a concluir.

La Granada se veía amenazada por un hombre con quien la rivalidad sobrepasaba las obligaciones de su cargo de capitán de corsarios. Entre Francois

L'Olonais

y Diego de Villegas existía ya un odio personal. El primero se había atrevido a desafiarle y un soldado español no dejaba impune tamaña afrenta. Cada vez que recordaba el mensaje que el olonés envió a Santo Domingo^[7], su sangre ardía como si le hubieran abofeteado.

En una ocasión se enfrentaron los dos enemigos^[8]. Diego creyó que el bucanero había sucumbido, pero como un monstruo

mitológico, Francois

L'Olonais

reaparecía, para continuar el saqueo de aldeas.

La guerra que contra España mantenían Inglaterra, Francia y Holanda desaparecía para dar paso a aquellos dos hombres.

El galeón cruzó la caleta hasta llegar al puerto. Los tripulantes de las embarcaciones pesqueras agitaban sus gorros en el aire, saludando a los corsarios. En el muelle se agruparon pescadores y marineros, mujeres y trabajadores negros que comentaban la llegada del buque, cuyo estandarte le identificaba como la nave del Corsario Azul.

Sonaba el silbato del contramaestre, transmitiendo las órdenes de Ohando. Un marinero lanzó una amarra, y la nave quedó pegada al muelle.

Menegas, con la alabarda al hombro, se presentó al capitán.

—Señor, cuando vuesa merced guste bajaremos a tierra.

Diego entregó unos documentos al corsario.

—Darás al gobernador estos mensajes y le dirás que espero su venia para entrevistarme con él.

Menegas le miró con asombro.

—¿No sois vos el gobernador? ¿Pues a qué tantas lindezas? Decidle que se marche, que es un inútil y que aquí ha llegado el Corsario Azul.

—Haz lo que te digo.

El corsario saludó y bajó a tierra, seguido por los alabarderos y por los músicos. Formaron los pífanos y los a tambores en cabeza, luego Menegas y, siguiéndole, los cincuenta alabarderos. El cabo ordenó:

—¡Adelante!

Comenzó a sonar la música y la tropa se puso en marcha. Avanzaba con la mano izquierda en la empuñadura de la espada o el machete y la alabarda apoyada marcialmente al hombro. Menegas, sólo entre sus corsarios y la música, se pavoneaba, orgulloso de su cargo de embajador. Cruzaron así las calles, encaminándose hacia el palacio del gobernador. Los transeúntes se detenían, para admirar el paso de aquella tropa feroz, sonriente y abigarrada.

Marchaban como los soldados y, sin embargo, sus ropas parecían

más propias de los filibusteros.

Llegaron por fin ante la residencia de don Iñigo de Quesada, gobernador de la isla.

Los soldados que montaban guardia en la puerta contemplaron con estupor a los corsarios que se detenían delante del edificio.

Con voz sonora, igual que don Diego, Menergas ordenó alto y luego descanso. Después, entregando, la alabarda a uno de los músicos, se acercó hacia el portal. Los centinelas cruzaron sus armas y el cabo preguntó:

—¿Quién sois y qué queréis?

—Corsarios del Rey, que traemos un mensaje del capitán Villegas para don Iñigo de Quesada —replicó Menergas con altanería.

Al conjuro de estas palabras los centinelas dejaron el camino libre y el aventurero entró en el edificio. Cruzó las amplias salas, guiado por un lacayo que le miraba con mal disimulado terror. Al llegar a la antecámara, el criado pidió a Menergas que aguardara un instante y se acercó a hablar con un pendolista de negras ropas manchadas de tinta, de cera y de grasa. Su semblante amarillento, evidenciaba toda la bilis y la envidia que guardaba en su corazón. Era el secretario del gobernador.

El lacayo se acercó, haciendo reverencias, y le habló en voz baja. El pendolista dirigió una despótica airada al corsario.

—Acercaos.

Menergas obedeció, algo molesto Por aquel tono de mando.

—¿Traéis un mensaje para don Iñigo?

—Sí.

—Pues dádmelo que yo se lo entregaré. Podéis retiraros.

El corsario le miró de través.

—Los mensajes que me confía mi capitán los entrego yo personalmente.

Miróle el secretario con una sonrisa de desprecio.

—¿Vuestro capitán? Capitán de bandidos, debe ser. Vamos, dadme el mensaje. Don Iñigo no recibe hoy a los mendigos.

Menergas, herido en su orgullo de hombre de lucha al ver que le injuriaba un pendolista, se acercó pausadamente hacia el secretario. Le sujetó por la chaqueta y le zarandeó con fuerza. Todo el empaque del pendolista se vino abajo y sus miembros comenzaron a

temblar como si le comiera la fiebre. Menergas exclamó:

—Escucha, rascapapeles me bastaría arrojarte contra la pared para romperte todos los huesos. Debes aprender que cuando se nombra a mi capitán, todos los burgueses y hombres de paz deben inclinarse. Ahora, entraré en el despacho de don Iñigo.

Soltó el corsario al pendolista, que cayó al suelo, presa de fuertes convulsiones. Luego el aventurero abrió la puerta y entró en el lujoso despacho del gobernador de La Granada. Las paredes se veían cubiertas por ricos tapices y en el extremo se encontraba una mesa de caoba.

A ella se sentaba un hombre robusto, joven aun, vestido con elegancia y señorío. Alzó la cabeza para ver quién entraba y exclamó, al contemplar la salvaje figura del corsario:

—¿Qué hacéis aquí?

Menergas preguntó a su vez:

—¿Sois don Iñigo de Quesada?

Asintió el gobernador, cada vez más sorprendido de la desfachatez, de aquel extraño personaje.

—Os traigo un mensaje de mi capitán don Diego de Villegas —añadió el aventurero, tendiéndole los documentos.

—¿El Corsario Azul?

—El mismo.

Quesada tomó una carta en la que Diego le comunicaba su nombramiento de gobernador y le pedía audiencia para visitarle y recibir el mando. Luego, don Iñigo, con creciente furor, leyó el documento por el cual el virrey de Bahía nombraba al capitán gobernador de La Granada.

Arrojó el nombramiento sobre la mesa y exclamó ciego de ira:

—¡Nunca entregaré el mando a ese pirata!

Menergas, con expresión amenazadora, preguntó:

—¿Cómo habéis dicho?

—¡Yo no trato con piratas! ¡Fuera de aquí! No sois otra cosa que despreciables filibusteros que buscáis protección bajo el amparo de la ley. ¡Fuera! ¡Fuera!

El corsario le miró de través y dijo:

—¡Tened la lengua! Nadie puede injuriarme así, ni tampoco a mi capitán.

Dan Iñigo, fuera de si, se abalanzó sobre Menergas.

—¡Si no os vais os haré encadenar y yo mismo cerraré los grilletes!

El aventurero detuvo en seco al caballero y le derribó de un empuellón.

—¿Con quién habíais creído tratar?

Quesada se puso en pie.

—¡Favor! ¡Socorro! —gritó—. ¡Aquí la guardia!

Se oyó un rumor de pasos y media docena de soldados y varios lacayos entraron en el despacho, guiados por el pendolista.

Don Iñigo señaló al corsario y dijo:

—¡Prendedle! ¡Conducidlo al calabozo!

Menegas, con una carcajada empuñó su acero y se colocó en guardia. Al primer soldado que cayó sobre él, le desarmó y derribó por tierra de un cintarazo. Luego golpeo a un lacayo y le envió al otro lado de la sala.

Quesada y el pendolista se refugiaron en una esquina, aguardando a que concluyese la lucha.

Menegas mantenía a raya a los atacantes. Su espada describía un círculo mortal que impedía acercarse a los soldados. Los lacayos, mucho más prudentes, preferían esperar el momento en que al aventurero fuera desarmado, para atacarle con sus bastones.

Pero Menegas no era inconsciente. Sabía que al sonido de la pelea acudirían más guardias y que lograrían desarmarle.

Hizo retroceder a sus adversarios, arrojándoles una silla y se acercó al balcón. En la calle, sus compañeros esperaban que volviera a salir.

—¡A mí los corsarios! ¡A mi los corsarios!

Entró de nuevo en la sala y presentó su espada ante los aceros de la guardia. De la calle llegaba un sordo rumor de estocadas y de gritos. Los aventureros reducían a los centinelas y se abrían paso, para auxiliar a su cabo.

Menegas saltó por encima de una mesa y derribó de un golpe a uno de los lacayos. Con la espada describía rápidos molinetes que detenían a sus contrincantes.

Un sordo rumor, que iba creciendo con rapidez, llegó hasta los oídos del aventurero. Se oyeron imprecaciones y fuertes pisadas e Sonto, la puerta se abrió de un empuellón y los cincuenta corsarios entraron en la sala.

En pocos segundos, entre puyas y cintarazos, fueron desarmados los guardias y derribados los lacayos. Las risotadas de los aventureros llenaban la habitación. El Tuerto informó a su jefe:

—Hemos ocupado este palacio. Menergas asintió complacido. Entonces se acercó a don Iñigo y al pendolista.

—¿De modo que mi capitán es un despreciable pirata? ¿De manera que nos amparamos en la ley para robar?

—¿Nos ha llamado ladrones? —preguntó el Extremeño enfurecido.

—Eso mismo.

—Córtale el pescuezo.

Quesada se acarició el cuello, al tiempo que el pendolista caía desmayado.

Menergas negó con la cabeza.

—Los encerraremos en el calabozo. El capitán decidirá que hacer con ellos.

Dos corsarios sé apresuraron a empujar con las alabardas a los cautivos y conducirlos al calabozo.

Menergas, después de dejar la mitad de sus hombres en el palacio a las ordenes del Tuerto regresó a «El Antillano».

CAPÍTULO V

EL NUEVO GOBERNADOR

Diego le esperaba en el puente. A su lado se veía al piloto y a los dos alféreces, vestidos con sus mejores ropas, como él, para aquella ocasión tan importante.

El cabo de alabarderos se acercó al capitán.

—Entregué el mensaje.

—Bien. ¿Qué te dijo don Iñigo?

—Muchas cosas.

—¿Cuándo puedo visitarle?

—Pues, en cuanto a eso —informó Menergas— no hay prisa ninguna. Podéis ir cuando os guste. Don Iñigo no se ha de mover del palacio.

—¿Es que me espera?

—Eso precisamente no, es que le es imposible abandonarlo.

—¿Cómo?

Pérez de Lerma preguntó a su vez:

—¿A qué se debe que tan sólo hayan vuelto veinticinco hombres de los cincuenta?

Villegas repitió extrañado.

—¿Veinticinco hombres nada más?

Muy ufano, declaró Menergas:

—Los demás quedaron de guardia en el palacio del gobernador.

—¿De guardia? —repitió el alférez.

—Sí. Es que ocupé el palacio por la fuerza y encarcelé a Don Iñigo —explicó con naturalidad el corsario, y relató lo que le había sucedido.

Diego contuvo a duras penas la risa y amonestó a su subordinado:

—Debes tener más serenidad.

—Pero si ellos me atacaron, señor capitán.

—Está bien —añadió Villegas—. Iré ahora mismo al palacio. Acompañame, Juan.

El alférez y Diego cruzaron las calles hasta llegar ante la residencia del gobernador. El Tuerto, que montaba guardia en la puerta, salió a recibirles.

—Todo está en orden, señor.

—Condúceme hasta el despacho del gobernador y trae a don Iñigo a mi presencia.

—¿Queréis que le azote?

—No.

Un alabardero guió a los oficiales al despacho y pocos segundos después, don Iñigo de Quesada apareció, conducido por el Tuerto.

Diego miró con fijeza al cautivo.

—¿Vos sois el gobernador?

—Sí.

—¿Ignoráis, don Iñigo, que es muy grave delito desobedecer las órdenes?

—¿Por qué lo preguntáis? —dijo Quesada.

—¿Es que mi emisario no os entregó una orden del Virrey de Bahía? ¿Es que podéis impunemente llamar pirata a un oficial del rey y agredir a sus mensajeros? —Hizo una pausa Villegas y añadió—: Os puedo hacer ahorcar por rebelde. Ya habréis visto que no me faltan medios para dominar la ciudad.

El prisionero abatió la cabeza.

—Quedáis en libertad —continuó Diego—. Prefiero creer que vuestro comportamiento fué debido a un arranque de despecho. En el plazo de una hora deseo que citéis aquí a las autoridades de la isla.

* * *

En el despacho del gobernador, Villegas recibió al alférez Medrano, jefe de los veinte soldados que guarnecían el fortín, al corregidor de la ciudad, al alguacil y a los jefes de los gremios y del cabildo. Don Iñigo de Quesada les explicó que había sido

substituido por el capitán, que tenía el encargo de perseguir a los piratas.

Diego se acarició el bigote y comenzó a decir:

—Sé las muchas dificultades con las que se ha encontrado la isla para rechazar a los filibusteros. Contabais con una exigua guarnición que no os permitía perseguirles y, por otra parte, carecíais de naves adecuadas para esta empresa. Todo ha cambiado. Traigo conmigo seiscientos corsarios, acostumbrados a la guerra y además, mi galeón que cuenta con setenta bocas de fuego. —Hizo una pausa y agregó—: Sin embargo, inútil sería mi empeño si no contara con vuestra ayuda. Desconozco la isla por completo, pero espero que no me negaréis vuestra colaboración y así podremos trazar un plan de defensa, que no sólo ahuyente a los piratas, sino que libere para siempre vuestro comercio.

Un silencio siguió a estas palabras, mientras las autoridades cambiaban miradas, consultando sus opiniones. El corregidor se levantó y expuso la opinión de los demás:

—Señor capitán, mucho hemos oído hablar de vuestras hazañas y del magnífico resultado que han tenido vuestras campañas contra los filibusteros. Gran mal es éste para las colonias de Su Majestad. Hasta ahora hemos sufrido mucho en esta isla. Hace un tiempo, Francois

L'Olonais

saqueó esta ciudad. Creíamos que había muerto, pero ha regresado montando un bloqueo que tan sólo algunos buques logran cruzar. Se habló de armar nuestras naves en corso, pero no pasamos a más. Algunos armadores lograron que sus buques burlaran el bloqueo, pero la mayor parte cayeron en poder de los piratas. Los hombres temen salir a la mar y las perlas se almacenan en nuestros depósitos. Tan sólo los pescadores se atreven a abandonar las costas sin alejarse mucho y nos traen alimentos. Pero si esta situación se prolonga, el hambre nos amenaza. Puedo decir que por mi parte estoy dispuesto a ayudaros con todas mis fuerzas y así lo harán mis subordinados.

El alférez Medrano se levantó y dijo:

—Yo soy un soldado y nunca negaré mi obediencia a un superior. Más si éste es el Corsario Azul.

Los gremios más importantes de la isla eran el de pescadores y

de carpinteros navales. Los dos jefes o síndicos dijeron que por su parte ataban dispuestos a ayudar en lo que les fuera posible.

Don Iñigo de Quesada se volvió hacia Diego.

—Quisiera que no tuvierais mala impresión de mi persona. Quizá fui un tanto impulsivo al recibir a vuestro mensajero, pero estoy pronto a ofreceros mi ayuda en todo lo que me necesitéis.

Villegas asintió.

—Será necesario que se reúna el Cabildo, para...

—Don Diego le interrumpió el corregidor —creo que sería conveniente que parte de vuestras tropas guarneciese el castillo.

El corsario miró atentamente al corregidor. Creyó descubrir una seña en sus ojos y dijo:

—Lo discutiremos. Caballeros, no quiero entreteneros por más tiempo. Buenos días.

Algo extrañados por aquel brusco cambio, se retiraron todos, dejando solos a Villegas y al alférez.

Cuando la puerta se cerró, preguntó el alférez:

—¿Qué te ha ocurrido? Ibas a fijar fecha para la reunión del cabildo y de pronto has cambiado de parecer.

El capitán asintió.

—Me pareció que don... No recuerdo su nombre. El corregidor...

—Don Álvaro Guzmán.

—Ése. Me indicaba que no lo hiciera sin hablar con él.

—¿Qué crees que podrá ocurrir?

Villegas se encogió de hombros.

—Lo ignoro, pero nada perdemos escuchándole antes de reunir al cabildo. —Diego hizo una pausa y agregó—: Los oficiales os alojaréis aquí. Deberá mantenerse una guardia en el palacio y otra en el galeón. Esta última será lo suficiente fuerte para que en un momento dado pueda zarpar el buque.

Luego, el corsario reunió a la servidumbre de la residencia del gobernador. Los lacayos y escribientes se deshacían en genuflexiones, recordando la paliza que les dieron los alabarderos.

El pendolista, que actuaba de secretario de don Iñigo y que se llamaba Genaro, se puso humildemente a las órdenes del capitán.

Al anoecer, los oficiales se reunieron para cenar en el palacio.

Todo estaba en orden. Ante la residencia montaban guardia veinticinco corsarios y cien en «El Antillano». En la fortaleza, los

centinelas ocupaban sus puestos y un retén dormía en el cuerpo de guardia.

Por las tabernas de la ciudad, corsarios, soldados y marineros confraternizaban, brindando a la salud de don Diego de Villegas y por la muerte de Francois

L'Olonais.

Un embozado, al que acompañaba un lacayo que sostenía un farol, se detuvo ante la puerta del palacio del gobernador.

Los centinelas cerraron los arcabuces y Felipe de Castro, que mandaba la guardia, preguntó:

—¿Dónde vais, señor tapado?

—Quiero ver a don Diego.

—¿Y quién pretende verle a estas horas?

—Mi nombre es don Álvaro Guzmán. Tened la bondad de decírselo y veréis cómo me recibe.

El sargento se atusó el mostacho.

—Lo habéis dicho con tanta lindeza que no puedo negarme a hacerlo.

Envío a un corsario con el mensaje y éste regresó al poco rato, diciendo que el capitán esperaba. Don Álvaro se encaminó al comedor donde los oficiales cenaban.

Villegas se puso en pie y saludó al recién llegado.

—Sed bienvenido, caballero.

—Luego se volvió a sus hombres y los fué presentando.

—Don Martín Ohando, mi piloto; el alférez Leyden y el alférez Pérez de Lerma, a quien ya conocéis. El corregidor de Ciudad de la Perla —añadió el corsario—. Si me lo permitís, continuaremos cenando. Vos podéis decirme qué os ha traído aquí y la razón por la que impedisteis que reuniera al cabildo.

Guzmán se sentó en una silla y bebió el vino que le sirvió Fajeda.

—Ante todo, debo excusarme por haberlo hecho, pero la razón que me movió os parecerá bastante importante. —Hizo una pausa y continuó—: Don Iñigo de Quesada ha sido gobernador desde hace quince años. Se encuentra emparentado con todos los aristócratas y ricos hombres de la isla. Éstos creerán que su destitución es una injuria que a todos han inferido y, por tanto, en el cabildo os harán oposición.

—Y nosotros podemos hacerles pender de una verga —exclamó Juan.

Villegas le hizo una seña de que callara y dijo a su vez:

—Os agradezco vuestra intención, don Álvaro. ¿Puedo contar con vuestra ayuda?

—Por descontado.

—¿Y qué me aconsejáis que haga?

—Principalmente y antes de tomar decisión alguna, atraeros la buena voluntad de los aristócratas y ricos hombres que se sientan en el cabildo.

Diego se acarició la barbilla y exclamó:

—Lo haré, don Álvaro.

* * *

Por toda Ciudad de la Perla había corrido la noticia de lo ocurrido aquella mañana. En las principales viviendas de la población se reunían los aristócratas, comentando enfurecidos la destitución de don Iñigo de Quesada.

Sin que nadie pudiera afirmar quien propaló el suceso, toda la ciudad lo conocía y las opiniones eran tan distintas como los lugares y personas que lo comentaban.

* * *

El bohío se veía débilmente iluminado por un candil. Alrededor de la mesa, único mueble de la reducida habitación, se reunían una mujer y varios hombres curtidos, que vestían ropas de mar.

—Dicen que al Corsario Azul jamás le han vencido los piratas —aseguraba uno de ellos.

—Quiera Dios que aquí tenga tan buena fortuna como en otras partes.

—Nuestra ayuda no le ha de faltar.

La mujer suspiró.

—Le bendeciré toda mi vida, si logra expulsar para siempre a los filibusteros.

* * *

La taberna se veía llena de marineros. Uno de ellos exclamaba en voz alta, mientras todos los demás le escuchaban atentamente:

—Os aseguro que es cierto. Yo me encontraba en Campeche cuando

L'Olonais

desembarcó por aquellas costas. El capitán Villegas presentó batalla y los pocos piratas que quedaron con vida salieron huyendo hacia sus cubiles. También es cierto que ha asaltado Port Royal, Norfolk, Jamestown y el archipiélago de las Lucayas.

Otro marinero agregó:

—Fué el que dio muerte a Lope Avarez, a Walter Stout y a un cimarrón que se llamaba Santos Kakaracou.

Un contraamaestre fornido y barbudo rugió, golpeando la mesa con su vaso:

—¡Cuerpo del Diablo! Ya era hora que nos enviaran un capitán, capaz de enfrentarse con todos los piratas del Caribe.

* * *

El taller se encontraba a oscuras. La faena del día había concluido. En la trastienda se reunían varios mercaderes junto al propietario del local, un hombrecillo diminuto y untoso. Se llamaba Medardo Pedreros y era uno de los merceros más importantes de la isla.

Los comerciantes le escuchaban con atención. Pedreros decía con voz temblona y expresión huidiza:

—No comprendo cómo han designado a ese capitán para el cargo de gobernador. ¡Pobre España! Pensad en lo que será el comercio, dependiendo de un corsario, de un hombre acostumbrado a saquear naves. Creerá que todo se puede arreglar a estocadas. Aquí hubiéramos necesitado a un hombre que protegiese el comercio y así nuestra isla prosperaría.

—Es muy cierto lo que decís, maese Pedreros. ¿Qué actitud pensáis tomar ante él?

Medardo se acarició las manos con ademán cobarde.

—¡Líbreme Dios de ponerme ante ese espadachín! Yo no soy hombre de lucha. Pero no estoy dispuesto a pagar los impuestos que ese capitán querrá arrancarnos para levantar compañías. Si quiere expulsar a los bucaneros que emplee a sus corsarios.

La familia de los Vélez de Guevara era una de las más importantes de la isla. A su alrededor se movía toda la aristocracia, con la que estaban emparentados, y ella regía la opinión de las personas influyentes. Ella dirigía el cabildo a su antojo y por pertenecer a ella don Iñigo fué gobernador.

Cada noche se reunían allí los jóvenes elegantes y charlaban, mientras bebían café y ron. Los caballeros visitaban al anciano jefe de la familia para consultar su opinión acerca de todos los asuntos.

Aquella noche, jóvenes y caballeros ocupaban la misma sala y escuchaban la voz grave del jefe de la familia de Guevara:

—Es un insulto intolerable que se destituya a uno de los nuestros, un caballero de noble sangre, y se nombre gobernador a un corsario, un pirata, a un capitán, de fortuna que lucha contra los filibusteros empleando sus mismos medios. ¿Es que creen que somos esclavos? Sabremos hacer respetar nuestros derechos y expulsaremos de la isla a ese truhán bravucón, a quien llaman el Corsario Azul.

CAPÍTULO VI

LA GRANADA

Es La Granada una de las muchas islas del archipiélago de Barlovento, descubierta por Vicente Yáñez Pinzón en uno de sus viajes. Los indígenas eran de carácter pacífico y recibieron afablemente a los hombres blancos.

Sorprendió a los marinos españoles la cantidad de perlas que las indígenas lucían en sus tocados y preguntaron la causa a sus caciques.

Éstos les explicaron que en las costas de la isla, entre los acantilados y los arrecifes, se criaban ostras que contenían magníficas perlas. Era cierto que se encontraban también muchos tiburones por las costas, pero los indígenas, armados de sus cuchillos de concha, desafiaban los peligros para atrapar las codiciadas perlas.

El peligro de los tiburones es relativo, aunque para desafiárselo se necesita una gran serenidad. Como el tiburón es casi ciego debe fiarse de dos peces de vivos colores que le preceden siempre y que le indican la dirección que debe seguir para cazar. Los indígenas de casi todos los lugares donde abundan los tiburones nadan tranquilamente y cuando ven aparecer la aleta triangular que anuncia la llegada de los terribles peces, quedan inmóviles, flotando sobre el agua. Si el nadador posee la suficiente presencia de ánimo, el tiburón se aleja, pero al más mínimo movimiento ataca ferozmente.

Los marineros regresaron a Santo Domingo y a las otras posesiones españolas y dieron la noticia del descubrimiento.

El hecho de que allí se encontraran perlas con facilidad atrajo a un buen número de hombres blancos, que deseaban adquirir aquellas bolas tan preciosas como el oro.

Los indios cambiaban por cascabeles y por gorros colorados los tesoros que a cambio de sus vidas arrancaban del mar.

Muy pronto se montó un poblado, donde los indígenas iban, a vender las perlas. Unos años después, algunos españoles aprendieron el modo de pescarlas y el poblado se fué extendiendo. Se hizo necesario montar mercerías y herrerías.

Algunos caballeros organizaron compañías navieras que transportaban las perlas a los puertos de Cuba y de La Española y la aldea creció hasta convertirse en Ciudad de la Perla^[9]. El comercio era muy provechoso y la población enriquecía. Los armadores realizaron fortunas fabulosas y Ciudad de la Perla se convirtió en una de las más hermosas del Caribe, donde sus habitantes vivían con un lujo casi impropio de una isla tan pequeña.

Surgieron plantaciones y aldeas en el interior y por todas partes se advirtió el resultado del floreciente comercio de la isla.

Un acontecimiento pareció amenazar la prosperidad de que gozaba La Granada. Varias islas del archipiélago de Barlovento, como la de Martinica, habían caído en poder de los bucaneros franceses, mientras que los filibusteros británicos ocupaban La Barbada. Estas islas se hallaban casi deshabitadas y constituyeron un magnífico refugio para los piratas.

A causa de la enorme extensión del imperio Español en América, resultaba imposible para la armada real limpiar de enemigos las innumerables islas e islotes, así como también resultaba imposible poblar debidamente todos los archipiélagos que poseía en el Caribe. Los virreynatos de Nueva España, de La Plata y del Perú atraían a la mayor parte de hidalgos y aventureros de la península y los que se quedaban en las Antillas lo hacían en Cuba, La Española y Puerto Rico, por ser mayores y encontrar en ellas más facilidades de medrar y donde la vida no resultaba tan monótona como en los islotes, exceptuando aquellas islas, denominadas Pequeñas Antillas, en que, como La Granada, el comercio era muy floreciente.

Inglaterra, Francia y Holanda, enemigas constantes de España, buscaban estos resquicios en el enorme edificio del Imperio, para debilitar su poderío, ya que a Tierra Firme, en las provincias y

virreynatos organizados, jamás atacaron sin ser derrotados por completo. Con sus piratas y sus flotas de guerra, de vez en cuando, Inglaterra, Francia y Holanda lograron apoderarse de algunas bases, pero, el firme y compacto bloque de la América Española siguió fiel a la sangre ardiente de los altivos conquistadores.

En La Granada edificaron un presidio^[10], defendido por veinte soldados, pero el espíritu de los aristócratas y de los ricos hombres se había debilitado mucho. Ya no eran los audaces mercaderes aventureros que levantaban, fortunas. La molicie les hizo holgazanes y de costumbres pacíficas. Se recreaban en su propia nobleza, sin pensar que en España los títulos más altos del reino se enorgullecían en ser los primeros en el sacrificio y en la lucha. Faltos de dirección, los habitantes de La Granada fueron una presa fácil para los bucaneros.

En cierta ocasión, Francois

L'Olonais

saqueó la ciudad. Era de esperar que esta desgracia hiciera variar a las principales familias de la isla, pero, una vez se fueron los piratas, volvieron a sus antiguas costumbres.

Más tarde, el Olonés volvió a poner cerco a la isla. No intentó asaltarla pero abordaba a todas las naves que en dirección a la Metrópoli o a otras islas salían. Las que se dirigían a Ciudad de la Perla eran a su vez capturadas.

Francois se había granjeado la confianza de los bucaneros y filibusteros que se ocultaban en los islotes que se extendían desde La Granada hasta la isla de San Vicente, llamadas las Granadillas, siendo la más importante la de Siguathey. Ahora bien, resultaba tan imposible buscarle por ellas, como lo sería buscar a un naufrago por toda la extensión del Atlántico. Además, que esta conjetura, que más tarde resultó cierta, la suponían los marinos del Caribe, pero carecían de pruebas para reforzarla y los islotes del archipiélago de Barlovento son innumerables y todos ocultaban, en aquella época, dotaciones de piratas. Las naves filibusteras montaban un cerco alrededor de La Granada, capturando todas las embarcaciones que de los puertos zarpaban. En ocasiones habían abordado buques a la vista de la fortaleza. El comercio se resentía, puesto que difícilmente salían los cargamentos del perlas y el correo mensual que llegaba desde Cartagena de Indias se veía siempre asaltado.

El espectro del hambre se alzaba sobre la isla. La prosperidad de La Granada comenzaba a desvanecerse.

* * *

El palacio del gobernador se veía iluminado por miles de candelabros que irradiaban su luz por las abiertas ventanas. Un rumor de música y de risas salía a la calle, perdiéndose a lo largo de la ciudad.

Ante la puerta, que guardaban los alabarderos vestidos con sus más ricas vestiduras, se detenían carrozas de las que se apeaban elegantes caballeros y damas encantadoras.

Los lacayos del palacio, vistiendo su librea, se apresuraban a tomar las capas y los chambergos y conducir a los invitados hasta la gran sala de fiestas del palacio.

Villegas celebraba un sarao para congraciarse con los aristócratas y ricos hombres de la isla a los que había invitado.

Durante muchos días discutió el problema con sus oficiales. Ohando y Leyden eran contrarios al proyecto. Decían que si las personas influyentes de aquel lugar iban a oponerse a su mando e iban a negarles su ayuda, lo mejor era, en vez de regalarles con festejos, molerles a palos las costillas.

Pérez de Lerma se mostró partidario de la idea, pero no creía en su eficacia. No obstante, aseguró, si se podían divertir no había porqué despreciarlo.

Si Don Álvaro Guzmán aprobó el plan desde un principio y aseguró que influiría en sus amistades.

La noticia de que el nuevo gobernador, el famoso y notorio Corsario, Azul, celebraba un gran sarao causó un revuelo en toda Ciudad de la Perla.

Los barbilindos y las damas se reían, imaginándose cómo iba a ser el sarao en casa de unos aventureros. Un joven, muy popular a causa de sus payasadas y de su ingenio, remedaba la pesada actitud de un marinero borracho y grosero, bailando la pavana.

Las muchachas seguían la burla, pero en el fondo no se sentían muy seguras de que tuvieran razón. En algunas ocasiones, el domingo en la misa y paseando ante su palacio, vieron al capitán Villegas, acompañado del alférez Pérez de Lerma, y ambos les habían parecido hartos galanes y apuestos. Pero no se atrevían a

contradecir la opinión, general.

Los caballeros, jefes de las familias, se sentían molestos porque el nuevo gobernador no había convocado aún el cabildo, y los plantadores y mercaderes estaban un poco inquietos, pues juzgaban peligroso asistir a una fiesta dada por aventureros.

Sin embargo, para no enfurecerle unos y para presenciar el ridículo en el que caía otros, nadie dejó de asistir al sarao del capitán Villegas. El aspecto de la guardia de alabarderos intimidó a todos los invitados. Eran feroces y rudos, dispuestos siempre a la pelea.

Los lacayos les guiaron hasta el salón donde se celebraba el gran baile.

Les sorprendió el gusto y la distinción con que había decorado la sala. Grandes tapices cubrían las paredes e infinidad de candelabros iluminaban la habitación.

En un estrado se veía a la orquesta del cabildo, compuesta por veinte violines. Los lacayos, vestidos con la librea de gala, aparecían muy rígidos, dispuestos a servir a los invitados. Las puertas se hallaban custodiadas por soldados del presidio, que con los corsarios compartían el honor de vigilar la residencia.

Diego, vestido con sus ropas negras y la banda de capitán, saludaba a los invitados, rodeado por Ohando, Pérez de Lerma, Leyden y Medrano. Don Álvaro Guzmán le iba presentando a los asistentes al baile, indicando su nombre y condición. Todos se encontraban estupefactos. Aquel sarao resultaba el más elegante de cuantos se habían dado en la isla. Uno de los caballeros, que había estado en Madrid, dijo que las fiestas que se celebraban en la corte eran igual a aquélla.

El empaque y la distinción natural del Corsario Azul borró las burlas que todos habían preparado.

Cuando algún caballero o alguna dama le saludaba, al serle presentados por el corregidor, recibía su acatamiento con la dignidad de un rey.

Diego hizo una seña a la orquesta y, tomando de la mano a la esposa de don Iñigo de Quesada, se dispuso a comenzar el baile.

Las risas contenidas y los murmullos renacieron. La expectación del público fué grande.

La pavana, baile de corte de aquella época, era muy sencillo,

pero fácilmente se caía en ridículo y todos deseaban ver cómo aquel aventurero, que tan sólo conocía los campamentos militares y las cubiertas de las naves corsarias, se ponía en evidencia ante tantos jóvenes acostumbrados a la vida de sociedad.

Pero Villegas danzó con sobriedad y viril donaire. Recorrió la sala, repitiendo los pasos de la pavana y cuando terminó, entre las muchachas se alzó un murmullo de admiración, mientras que los barbilindos quedaban muy alicaídos.

Las notas de la zarabanda se esparcieron por la sala. Los invitados eligieron sus parejas y comenzaron a evolucionar por la sala. Era la zarabanda una de las danzas más alegres y más movidas de su tiempo.

Diego bailaba con la esposa del caballero Vélez de Guevara, una señora de cierta edad, que aun se movía con gracia.

Ohando y Leyden, ayudados por Guzmán, charlaban con los nobles ancianos, iniciando así la amistad que tan necesaria le era a su capitán.

Pérez de Lerma, que había intimado con algunas muchachas, danzaba, haciendo gala de su habilidad y de su ingenio. Su pareja reía alegremente, divertida por las ocurrencias del alférez.

Poco a poco, el hielo se fué rompiendo y en las danzas que siguieron, los corsarios fueron el centro de la atención general. Todos los jóvenes procuraban imitar su manera de bailar y de hablar, así como sus ademanes, y las muchachas esperaban ser las elegidas como parejas de aquellos elegantes aventureros.

En la corte, en un sarao o en una cacería, hacían tan buen papel como al frente de sus luchadores y lo único que a primera vista distinguía a los corsarios de los barbilindos era que en vez de los espadines de salón, lucían sus tizonas de combate.

CAPÍTULO VII

OTRA VEZ LOS FILIBUSTEROS

El sarao se encontraba en todo su esplendor. Las risas y los rumores de las conversaciones se elevaban por la habitación.

Ohando, Leyden y Medrano charlaban con los caballeros ancianos y con los mercaderes, discutiendo la marcha del comercio en las Indias.

Pérez de Lerma relataba una graciosa anécdota a un coro de muchachas que le escuchaban, riendo muy divertidas.

Villegas presidía la fiesta, como un rey rodeado de su corte.

De pronto, se abrió una de las puertas y un hombre entró a toda prisa en la sala.

—¡Don Álvaro! ¡Don Álvaro!

Guzmán se volvió extrañado.

—¿Qué os ocurre?

—Vuestro bergantín que zarpó al anochecer ha sido abordado por los piratas.

El corregidor hizo una seña al hombre para que callara, pero ya era tarde. Todos le habían oído. Un murmullo de comentarios se elevó en la sala. Don Álvaro exclamó:

—Venid conmigo a otra habitación y me lo explicaréis.

El caballero Vélez de Guevara y dos o tres amigos suyos miraron con burlona severidad a Diego de Villegas. Éste, comprendiendo que creían que no se atrevería a enfrentarse con los hechos, agregó:

—No. Que lo explique aquí, en presencia de todos.

El corregidor protestó:

—Señor capitán, creo que sería más conveniente que continuara

el sarao y...

Diego negó con la cabeza.

—En modo alguno. Que lo explique aquí. Todos tienen derecho a saber la verdad de lo ocurrido.

A una nueva seña de don Álvaro, el recién llegado comenzó a decir:

—El bergantín «Granadino» iba cargado de perlas y se trasladaba a Cartagena de Indias. Ha sido asediado por Francois L'Olonais.

Unos marineros que lograron salvarse han llegado al puerto.

Un silencio pesado siguió a estas palabras. Al fin, lo rompió el caballero Vélez de Guevara:

—Buena labor, señor capitán. Mientras los piratas asaltan las naves, el gobernador organiza saraos.

Villegas le miró, pero nada dijo. Guzmán se apresuró a intervenir.

—De nada podéis culpar a don Diego. Hace pocos días que se encuentra en la isla y no puede cambiar el estado de cosas.

Vélez de Guevara añadió:

—Fué enviado aquí, en substitución de nuestro amigo, para que acabase con la piratería. Éste es el resultado —se volvió hacia su esposa y dijo—: Volvamos a casa.

Como si hubiera sido una consigna, los invitados, comenzaron a tomar sus capas y sus chambergos y a abandonar la sala. Un barbilindo exclamó lo bastante alto para que lo oyera Pérez de Lerma:

—Paréceme que ese capitán es de tramoya.

Se volvió furioso el alférez y encarándose con el joven profirió:

—A mí me parece que habláis muy alto.

Le miró el otro con desdén y agregó:

—Hablo como me cuadra.

Juan clavó en él una mirada de acero y dijo con parsimonia:

—Quisiera saber si vuestra espada es tan punzante como vuestra lengua.

El barbilindo sonrió satisfecho. Se consideraba uno de los mejores esgrimistas de la isla y deseaba demostrarles a aquellos corsarios que les resultaría muy conveniente no gallear mucho.

—Tendré sumo placer en demostrároslo. Os espero a las doce

junto al cementerio.

Se saludaron los dos duelistas y los barbilindos se fueron junto con los demás invitados. El alférez Medrano, muy alicaído, pidió licencia para retirarse, que le fué concedida.

Don Álvaro Guzmán, causa involuntaria del revuelo, se acercó muy contrito al capitán:

—Os aseguro, don Diego, que no fué mi deseo estropear el buen efecto de vuestro sarao. El mensajero será castigado.

El capitán negó con la cabeza.

—Dejadle en paz. En cuanto a vos, no se os puede culpar de lo que no fué vuestra intención hacer.

El corregidor se excusó de nuevo y dijo:

—Si en algo me necesitáis, don Diego...

—Podéis retiraros.

Cuando los cuatro corsarios estuvieron a solas, Villegas se acercó a una mesa y se sirvió un vaso de vino.

—Una cosa me intriga —aseguró.

—¿Cuál es?

—Los bucaneros asaltan las naves que salen de Ciudad de la Perla porque han establecido un bloqueo. Asimismo, el correo que viene desde Cartagena de Indias es abordado, y, sin embargo, nosotros nos vimos embarcaciones filibusteras.

Ohando asintió.

—Y una flota de bloqueo no se oculta con facilidad.

—Quizá huyeron al vernos —propuso Pérez de Lerma.

—No es probable —dijo Leyden—.

L'Olonais

ha jurado matarnos y no es cobarde.

—¿Qué crees tú, Diego?

El capitán apuró un vaso de vino y afirmó:

—Que alguien, desde la población, avisa a los filibusteros de la fecha en que parte un buque.

—¿Por qué había de hacerlo?

—Le darán una parte del botín —explicó el Corsario Azul—. Otra cosa me intriga. Dicen que han llegado unos supervivientes de la nave asaltada por

L'Olonais.

Éste no deja supervivientes. Habrá deseado que hoy mismo supieran

aquí que no habíamos roto el bloqueo.

—¿Y qué conjeturas haces?

—Que deberemos luchar contra dos enemigos. Los piratas en el mar y sus aliados en la ciudad.

—¿Qué piensas hacer?

Diego se retorció el bigote.

—Cuando se reúna el cabildo...

* * *

La luna brillaba a través de los largos cipreses, destacando las altas cruces del cementerio.

Cuatro sombras esbozadas paseaban inquietas por aquel lugar.

Una de ellas se detuvo y exclamó:

—¿Serán ya las doce?

—No he oído las campanadas.

—Quisiera saber si van a tardar mucho los corsarios.

En aquel momento se oyeron unas campanadas en un campanario vecino.

—Es la hora —aseguró una de las sombras.

—¡Cuánto tardan esos corsarios!

—Es posible que no se presenten.

—¿Hablabais de nosotros? —preguntó una voz clara.

Se volvieron los embozados para ver a dos hombres que entraban en el cementerio. Uno de ellos vestía de blanco.

Los dos recién llegados se acercaron a los barbilindos y saludaron con extremada cortesía. Pérez de Lerma, que era quien vestía de blanco, exclamó:

—Éste es, caballeros, el alférez Leyden, que actuará como padrino. Ahora bien, podéis elegir la forma de duelo. Si preferís que mi padrino tome parte, nos batiremos nosotros dos, contra vosotros cuatro. De otro modo, yo me las veré con el hombre que ha motivado la presente cuestión.

—Yo sólo me basto para daros lo que merecéis —dijo el barbilindo.

Hizo una reverencia el corsario y comenzó a despojarse de la capa, el chambergo y del tahalí. Luego empuñó la tizona y la blandió en el aire. Su antagonista quedó desconcertado.

—¿No os quitáis la casaca?

Juan se encogió de hombros y lo hizo así. El barbilindo le imitó y ambos contrincantes se enfrentaron a la luz de la luna. Los testigos se apartaron para dejar espacio libre a los antagonistas.

Se saludaron y el barbilindo, habiendo quedado en posesión de ataque, lanzó al corsario una estocada al pecho que éste paró con facilidad. Durante unos segundos esgrimieron sin que el alférez pareciera encontrar mucha dificultad en parar. El barbilindo, furioso, ensayó una artimaña que en la academia de esgrima jamás le había fallado. Tiró una finta al pecho de Pérez de Lerma y se lanzó a fondo, atacando al vientre. Pero el segundón desvió el arma y descargó un golpe de plano en la espalda del duelista. Perdió el equilibrio el barbilindo y las incontenibles carcajadas de sus amigos acabaron de encender su cólera.

Se puso en pie hecho una furia y cargó sobre Pérez de Lerma. Éste paró la estocada y luego le cortó con la tizona unos mechones de cabello. Cada vez más encolerizado, el barbilindo redobló su ataque, que se estrellaba contra la férrea guardia del corsario. Éste, con gran facilidad, le rasgó la camisa, sin tocar la carne. Luego le cortó una manga, y por último el cinturón que sostenía los pantalones del barbilindo.

Éste los sostuvo con la mano izquierda, mientras con la derecha pretendía matar a Pérez de Lerma. Juan paró dos débiles estocadas y luego arrancó el acero de manos de su enemigo.

Quedó confuso el barbilindo, con las ropas destrozadas y los pantalones que le caían.

Pérez de Lerma le miró un instante y dijo:

—Agradeced que no os mate.

* * *

En la taberna del pueblo, Fajeda, Menergas, el Extremeño y el Tuerto bebían vino, sentados alrededor de una mesa.

Entre el heterogéneo público que llenaba la sala se encontraban varios lacayos de la casa de Vélez de Guevara.

Uno de ellos, alto y fanfarrón, clavó la mirada en los cuatro corsarios que permanecían muy ajenos a este interés y habló en voz baja a sus compañeros. Éstos, sonriendo, asintieron.

—Parece que estos corsarios gallean mucho —dijo en voz alta.

Como si les hubiera picado una avispa, Fajeda y sus amigos se

volvieron con presteza.

—Se habrán creído que son los amos del mundo —agregó otro. Las conversaciones se acabaron como por ensalmo y en la sala reinó un pesado silencio. Entonces, e con voz gruesa que resonó en toda la sala, el lacayo fanfarrón declaró:

—En cuanto lo ordene mi señor los echaremos a patadas. Los clientes comenzaron a apartarse de los dos grupos adversarios, dejando un gran espacio libre, para no recibir una cuchillada, ya que la reyerta era inminente.

Fajeda y sus compañeros se pusieron en pie, acercándose a los lacayos.

El catalán preguntó ceñudo:

—¿Quiere voace^[11] repetir lo que decía?

El lacayo se levantó previsoramente y tras una pausa espectacular dijo:

—Que en cuanto mi señor lo ordene os echaremos a patadas.

Pedro le miró con furia. Los parroquianos se apartaron aún más. Fajeda se tocó la boca con dos dedos y declaró:

—¡De pico!

Hizo ademán el lacayo de empuñar su puñal, pero Fajeda le cargó un puñetazo en la sien, que le derribó sin sentido. Hicieron y otros ademán de empuñar los aceros. El Extremeño, el Tuerto y Menergas se arrojaron sobre ellos.

A puñetazos y a patadas les acogotaron. Las mesas y las sillas volaban en todas direcciones, mientras la clientela abandonaba el local.

Los corsarios empuñaron las pistolas y señalaron la puerta a los pocos lacayos que se mantenían en pie.

Cuando éstos hubieron abandonado la sala, se sentaron sobre los codos y pidieron:

—¡Más vino!

CAPÍTULO VIII

EL GOBERNADOR ANTE EL CABILDO

El edificio del Cabildo se veía guardado por los soldados del presidio. Muy rígidos ante la puerta y en el interior de la sala de sesiones, permanecían indiferentes a todo lo que a su alrededor ocurría.

Les bancos de los miembros del cabildo se veían llenos y en su alto sitio se sentaba el gobernador Villegas.

Diego permanecía inmóvil y silencioso, contemplando a los allí reunidos. No ignoraba que todos los aristócratas y ricos hombres de la isla, es decir, las personas influyentes, eran enemigos suyos y que tan sólo podía contar con la colaboración de los síndicos de los pescadores y carpinteros navales. Entre los miembros del Cabildo se escondía un traidor. Un hombre que vendía a sus compatriotas, para que cayeran bajo los machetes de los filibusteros, a cambio de una parte en el botín.

Escudriñó Diego los semblantes que se agrupaban en los bancos forrados de terciopelo. Vio el bondadoso y grave rostro de don Álvaro Guzmán, el corregidor, el altivo caballero Vélez de Guevara y al inflado don Iñigo de Quesada. Todos vestían sus mejores galas, como si quisieran hacer ostensible su aversión por los corsarios.

Entre los mercaderes, vestidos de negro, descubrió la faz flácida de Medardo Pedreras, otro de sus enemigos.

¿Quién podía ser el traidor? ¿Quién era el hombre que se comunicaba con los bucaneros? En su pérfido cerebro guardaba la solución de todos los males de la isla.

El pendolista hizo una reverencia y preguntó:

—¿Puede comenzar la sesión?

El caballero Vélez de Guevara se levantó y comenzó a decir:

—Hace ya unos días que el nuevo gobernador ha ocupado el cargo. En este espacio de tiempo, los bucaneros han asaltado a una embarcación, que sepamos. Porque otras han partido sin que de ellas se haya vuelto a tener noticias. —Hizo una breve pausa y continuó—: ¿Qué piensa hacer el señor gobernador? Lógico es que nos hagamos esa pregunta, pues de ella depende nuestro porvenir particular, el de la colonia y asimismo nuestras vidas. —Esperó a que concluyesen los rumores del público y continuó—: Hasta ahora lo único que hemos visto es que el gobernador Villegas ha organizado saraos, sus oficiales han provocado duelos y sus hombres reyertas. Exigimos que se persiga a los filibusteros.

Entre murmullos de aprobación y comentarios exaltados, el caballero Vélez de Guevara ocupó su asiento. Entonces se levantó el corregidor de la ciudad.

—Es muy corto el plazo que aquí lleva de residencia el nuevo gobernador para que le acusemos premeditadamente. Por otra parte la fama del Corsario Azul le hace merecedor de nuestra confianza. Yo propongo que nos exponga sus planes de defensa de la isla.

Villegas sonrió. Iba a revelar sus proyectos a los piratas, pues en cuando el traidor se enterase se apresuraría a comunicárselos a Francois

L'Olonais.

Se puso en pie el capitán y el silencio reinó en la sala. Todos aguardaban sus palabras. En la mayoría vio manifiesta hostilidad. Tan sólo en los semblantes de los síndicos de los gremios pudo descubrir una expresión de simpatía y de aliento.

—La dificultad para capturar a los piratas —comenzó a decir— reside en el desconocimiento de su refugio.

—Para que nos descubrierais eso no hacía falta que vinierais vos —gritó alguien del público.

Una salva de carcajadas acogió esta salida. Diego se volvió hacia los miembros del Cabildo. Su mirada fría y dominante, bajo, la cual temblaban sus feroces corsarios, les hizo enmudecer.

—Cuando yo hablo —dijo con voz de mando— no tolero que nadie me interrumpa. —Hizo una pausa y continuó en medio de la expectación general—. Debemos mantener una flotilla que nos

permita salir a la caza de

L'Olonais

en cuanto tengamos noticia de que éste ronda por los alrededores. Y al mismo tiempo es necesario que levantemos tantas compañías de milicia como sea posible para que la isla, al partir la flotilla, no quede desguarnecida y los filibusteros la asalten. Éste es mi plan. No es una solución mágica que en dos minutos de al traste con el peligro, pero es efectiva.

Vélez de Guevara se levantó de nuevo.

—¿Qué necesidad hay de esperar a saber que

L'Olonais

ronda por aquí? Ha bloqueado la isla y no hay más que salir del puerto para encontrarle.

—Nosotros llegamos aquí sin que nadie nos molestara —afirmó Villegas.

Esta declaración dejó confusos a los miembros del Cabildo. Pero uno de sus miembros se apresuró a decir:

—Quizá es porque lobos de la misma camada no se muerden.

Villegas se volvió a tiempo de hacer callar las risas.

—Insolentaos de nuevo y os pongo en el cepo. —Hizo una pausa y agregó—: Éste es mi plan de defensa. Resta tan sólo que lo aprobéis.

En la sala hubo un silencio, roto por débiles murmullos mientras los miembros del Cabildo consultaban la opinión de sus compañeros. El síndico de carpinteros se levantó y dijo:

—En nombre de mi gremio digo que estamos dispuestos a apoyar el proyecto del gobernador y que nos comprometemos a organizar una compañía de milicias.

El síndico de pescadores se levantó a su vez.

—Nosotros ofrecemos, además de dos compañías, nuestros faluchos.

Los murmullos aumentaron de fuerza. Entonces, Vélez de Guevara se puso en pie nuevamente.

—El gobernador dispone a su antojo de la propiedad y de las vidas ajenas. Quizá sea la costumbre de los corsarios. Yo me opongo a que mis goletas y mis bergantines, así como mis sirvientes, se expongan a perderse para siempre. Es muy sagrada la propiedad para que nadie disponga de ella.

El mercader Pedreros intervino entonces.

—El plan de defensa que ha propuesto el gobernador —dijo con voz untuosa— exige grandes sacrificios monetarios. El estado del comercio en la isla es muy precario debido a los ataques de los piratas y no podemos sufragar los gastos.

—Peor será si no ponemos coto a sus desmanes —aseguró Villegas.

—Pues hacedlos vos, ya que abordar buques es vuestra profesión —exclamó Vélez de Guevara.

Diego guardó silencio un instante, mientras en los bancos se alzaba una tempestad de comentarios.

—Veo —dijo de nuevo el capitán— que las, opiniones están divididas. Por tanto, aquellos que apoyen mi proposición pasarán a aquel extremo —concluyó señalando su sitio.

Los síndicos, el corregidor, algunos aristócratas y mercaderes se agruparon alrededor de la silla del gobernador. Pero la mayoría, encabezados por Vélez de Guevara y por Medardo Pedreros, permanecieron en sus puestos, con una expresión de alegre triunfo.

Villegas paseó su mirada por los orgullosos y altaneros semblantes de sus adversarios.

—Aquel que niega su colaboración a los oficiales del rey —comenzó a decir— comete un grave delito de traición. Como además de gobernador, recibí el nombramiento de capitán a guerra^[12], os declaro rebeldes a todos.

—¿Qué os proponéis hacer? —dijo desdeñosamente Vélez de Guevara—. Tened en cuenta que nuestros familiares os harán pagar cara la osadía.

—Tengo magníficos rehenes, que les harán recapacitar.

—¿Cuáles son?

—Vosotros, caballeros —declaró con sorna el capitán. Luego, dio dos palmadas y gritó—: ¡Aquí la guardia!

Se abrió la puerta y entró Pérez de Lerma, seguido por más de cincuenta corsarios. Junto al alférez marchaban Fernando Mendoza y Pedro Fajeda. Los tres lucían sus espadas y sus pistolas y Mendoza una alabarda pequeña^[13]. Como si ya de antemano supieran lo que debían hacer, los corsarios rodearon a los presuntos rebeldes y les amenazaron con sus alabardas.

Los cautivos contemplaron con horror los semblantes curtidos

que les rodeaban y en ellos vieron una amenaza de muerte. Comprendieron que nada podían hacer sin caer acuchillados por los aventureros del Corsario Azul.

Villegas habló entonces con energía:

—Síganles y nada les ocurrirá.

Medardo Pedreros se vio encerrado en un lóbrego calabozo. Encerrarle a él, uno de los comerciantes de más categoría de todo el país...

Intentó huir, escabulléndose entre la gente, pero Menergas le cazó al vuelo y le levantó en vilo.

—¡Ahí va eso! —gritó, arrojándole al aire.

Fajeda lo tomó y lo dejó en tierra.

—Menos bromas, maese Pedreros —advirtió.

Luego, a una orden de Pérez de Lerma, la comitiva echó a andar.

* * *

Los miembros del Cabildo fueron encerrados en los calabozos del palacio del gobernador. Se les trató con las máximas consideraciones y se permitió a sus familiares que les visitaran.

Ante el edificio de la residencia se veían largas colas de barbilindos y damas elegantes que acudían con sus criados cargados de cestos y de paquetes.

En un principio, los jóvenes adoptaron fieros ademanes y actitudes amenazadoras, pero el aspecto de los corsarios que montaban guardia ante el edificio y el semblante patibulario de Menergas, al que habían nombrado carcelero jefe, les hizo mucho más prudentes.

Mendoza estaba encargado de recibir a las visitas y asegurarse de que no ocultaban limas ni armas para entregárselas a los presos.

El revuelo que causó en la isla la detención de los miembros del Cabildo fué indescriptible. Los nobles y los ricos hombres se sentían ofendidos y hablaban, en el seno de la confianza y en voz baja, de ahorcar a los corsarios. Pero también comprendieron que el capitán Villegas era hombre decidido que no toleraba oposiciones a sus planes.

Entre las familias humildes que eran los que más sentían la miseria y el hambre, renació la esperanza de que pronto iba a concluir el bloqueo, y con él las penalidades. Comenzaron a

considerar al Corsario Azul como a un dios para quien no existían dificultades.

Mientras, las compañías de milicia se iban organizando. Los carpinteros formaron una, mandada por el síndico. Muchos de los milicianos poseían arcabuces y viejas espadas. Además, Diego mandó construir picas y alabardas que religiosamente pagaron los comerciantes. En breve se organizó otra compañía integrada por gentes de distinto oficio, como merceros, posaderos, herreros, campesinos y carniceros que también fué armada por los comerciantes. Los pescadores, según habían prometido, constituyeron una flotilla de faluchos, con un total de hombres que valían por dos compañías.

Tres bergantines y cuatro goletas ancladas en el puerto de Ciudad de la Perla fueron confiscados por el gobernador y armados en corso. Todos los marineros de la población quedaron inscritos en ellas y la flotilla se convirtió en un hecho.

Pérez de Lerma, Leyden, Mendoza y Felipe de Castro instruyeron a las milicias hasta que evolucionaron con la perfección de los tercios españoles.

Un día, en que Villegas trataba algunos asuntos con el corregidor, Fajeda pidió permiso para entrar en el despacho.

—¿Qué ocurre?

El catalán se rascó la cabeza.

—Señor capitán, ahí afuera se ha estacionado una turba de salvajes que desean hablar con vuesa merced.

—¿Qué es lo que quieren?

Pedro se encogió de hombros.

—No hay manera de saberlo.

—Bien. Que pasen.

Salió el escudero y al poco rato se oyó un extraño rumor que se acercaba. Se abrió la puerta y más de un centenar de desaharrapados se adelantaron hacia el capitán. Eran fuertes y enjutos, los cabellos largos les caían hasta la espalda y en algunos se mezclaban con la barba. Vestían camisas y calzones de lino y calzaban sandalias o lucían desnudos los pies. Al cinto lucían puñales y cuchillos y con la mano sostenían un sombrero de paja. Algunos pertenecían a la raza blanca, pero muchos eran mestizos e incluso indios puros.

—¿Qué queréis? —preguntó Diego.

Uno de los visitantes se adelantó. Hizo una reverencia y explicó:
—Somos pescadores de perlas, señor capitán.

Recordé Villegas que éstos formaban un barrio de bohíos en las afueras de la población, con cuyos habitantes nadie trataba.

—Nosotros también queremos luchar contra los piratas — aseguró el visitante— y venimos a ofrecer una compañía.

Desde aquel momento, Diego se encontró al mando de seis compañías, que abarcaban toda la población de Ciudad de la Perla, sin contar a sus corsarios y a los veinte soldados del presidio.

CAPÍTULO IX

APARECE EL OLONES

Un cañonazo retumbó sobre toda la ciudad. Los milicianos empuñaron las armas mientras los corsarios dirigían una mirada hacia el presidio para averiguar qué es lo que ocurría. El vigía hacía señales de que un buque español entraba en la caleta. No había por qué preocuparse. Pero al parecer algo raro le ocurría al navío, pues hacía señales de combate.

Desde el presidio mandaron un aviso al gobernador y cuando la nave atracaba en el puerto, Villegas y sus ayudantes llegaban al muelle. El buque era un galeón mercante de los que hacían la travesía entre Cartagena, de Indias, y la metrópoli. Tendieron la plancha y Diego subió a bordo.

—Soy el gobernador. ¿Dónde está el capitán del buque?

Un marino de cabellos grises se acercó al encuentro del joven.

—Yo soy. Mi nombre es Morales. Nos dijeron en Cartagena que el nuevo gobernador de La Granada era el Corsario Azul. ¿Es eso cierto?

—Yo soy el Corsario Azul.

—Pues, ¿cómo permitís que el Olonés continúe navegando por esas aguas?

Villegas dio un paso hacia Morales.

—¿Le habéis visto?

—Nos dio caza hasta muy cerca de la isla. Aunque mi galeón va bien armado, el Olonés cuenta con cinco fragatas. Y yo debo proteger las mercancías.

Diego sonrió con fiereza.

—¿Estaríais dispuesto a formar parte de la flotilla de La Granada?

Morales engalló la cabeza.

—He navegado a las órdenes del almirante Oquendo.

El capitán se volvió hacia Ohando.

—Que toquen al arma. Embarca una compañía en los tres bergantines. Juan —agregó volviéndose al alférez—, toma tú el mando de la ciudad. Elige cien corsarios y un sargento para que te ayuden; todas las demás fuerzas deben acatar tu mando.

Martín desembarcó y se encaminó a «El Antillano», acompañado de Pérez de Lerma.

Villegas preguntó al capitán mercante:

—¿Recordáis la situación en que visteis a los bucaneros?

El otro asintió.

—¿Contáis con bastantes fuerzas o queréis que embarquemos una compañía?

—Entre la marinería y el pasaje bastará para defender mi galeón, pero creo necesario desembarcar a tres mujeres que se dirigen a España. —Hizo una pausa el marino y agregó—: Una de ellas es doña María Luisa de Lozoya, duquesa de Santángel.

—Sí —afirmó el corsario—. Mi palacio le servirá de residencia hasta que pueda volver a la corte.

Mientras Morales se dirigía a avisar a la pasajera, Diego se dijo que con toda seguridad sería alguna vieja insoportable que no cesaría de quejarse ni un instante. Por fortuna sería Pérez de Lerma quien debería atenderla.

Del castillo de popa surgió una esbelta y aristocrática figura de mujer. Tendría a lo sumo veintidós años, y se movía con natural distinción e innegable aire de majestad. Su rizado cabello endrino le caía hasta los hombros redondos y firmes, despidiendo azulados destellos. Su semblante era de facciones delicadas y pequeñas. Sobre la piel casi transparente destacaban sus ojos negríssimos y rasgados, bajo dos finas cejas. Los labios, de delicado trazo, se abrían cuando escuchaba a alguien, mostrando una dentadura blanca y perfecta. Las mangas ahuecadas se veían sujetas a los codos por un lazo, y los puños de finísimo encaje de Holanda. El amplio escote cuadrado mostraba la fina piel de sus hombros y el ajustado talle le realzaba el busto. Lucía un cuello de encaje plisado,

que se levantaba en la parte trasera e iba descendiendo, bordeando el escote hasta la altura de los hombros. Alrededor de su fina y tersa garganta lucía un collar de perlas. Sus delicadas manos, de largos y finos dedos, se veían cargadas de sortijas y sostenían un abanico de plumas. La acompañaban Morales y dos dueñas, vestidas con elegancia, que sostenían su amplio sombrero de raso con unas plumas blancas y su sombrilla de encaje.

Pero el capitán no llegó a verlas. Toda su atención se mantenía fija en la joven que avanzaba hacia él.

Morales se apresuró a decir:

—Señora duquesa, permitidme que os presente al señor capitán don. Diego de Villegas, gobernador de La Granada.

El corsario se quitó el chambergo y con las plumas barrió la cubierta de la nave, mientras hacía una profunda reverencia. María Luisa se inclinó respetuosamente. Luego, sonriendo con afabilidad dijo:

—Mucho celebro conoceros, mi señor don Diego. En Cartagena de Indias se habla mucho de vos. Nadie ignora las grandes hazañas que han dorado vuestro nombre.

—No hice más que servir a mi rey, señora duquesa.

—En Cartagena —continuó la joven— trabé amistad con el conde de Tormes, cuñado de vuestra hermana la duquesa de Andujar. Y sé que vuestra sangre es tan noble y tan limpia como vuestro valor. Que el dictado de Corsario Azul no es más que otro titulo que añadir a los que por herencia os corresponden.

Los oficiales de milicias que escuchaban esta conversación, entre ellos varios caballeros, quedaron algo extrañados, ya que habían creído, como los aristócratas encarcelados, que Villegas no era más que un capitán de fortuna.

Uno de ellos indagó de Felipe de Castro, que allí se encontraba:

—¿Pertenece don Diego a la nobleza?

El sargento asintió.

—Es marqués, Grande de España y caballero de Santiago.

El oficial, algo perplejo, volvió a preguntar:

—¿Y cómo se mezcla con aventureros y con corsarios?

Atusándose el bigote con fiero ademán, declaró Felipe de Castro:

—Vuestra isla parece estar tan aislada, que vuestras mentes se han embotado, señor caballero. De otro modo sabríais que el

servicio de las armas es el más noble que existe y que ningún hidalgo español bien nacido escatima sacrificio alguno para mejorar la situación del reino. Como pruebas bastan los Requesens y Monteada de Barcelona, que han dirigido las armadas contra los turcos; los duques de Alba y de Medina-Sidonia, que han levantado tercios con sus propios recursos, y el gran don Juan de Austria, que siendo hermano del Rey se alistó como soldado. Los que esto olvidan y permanecen en sus haciendas, holgando y cazando, no merecen otro tratamiento que el de cobardes y traidores.

El capitán informó a María Luisa:



Del castillo de popa surgió una esbelta y aristocrática figura de mujer.

—Enviaré a mi escudero para que os preparen un aposento. Podréis disponer de todo el palacio del gobernador como de vuestra propia casa —se volvió hacia Fajeda y ordenó—: Pedro, ve a la residencia.

El catalán, que contemplaba embobado a la joven, hizo un marcial saludo y salió corriendo, jurándose a sí mismo que si las

habitaciones no resultaban del agrado de aquella hermosa duquesa exterminaría a toda la servidumbre con sus propias manos.

En el muelle, los pífanos y los atambores comenzaron a sonar, tocando alarma. Se oyeron también las voces de mando que daba Fernando Mendoza para formar a cien corsarios que Pérez de Lerma había elegido.

Al mismo tiempo, en el puerto desembocaban los marineros que tripulaban los bergantines y la compañía que iría de refuerzo en ellos.

Estaba compuesta por pescadores y sus ropas sencillas y sus pieles bronceadas les daban un decidido aire de artesanos guerreros.

Ohando daba órdenes, disponiendo el embarque de los soldados y su voz se mezclaba con las de los patronos de los bergantines que se disponían a partir.

Las vestiduras chillonas y abigarradas de los corsarios, las pintorescas de los marineros y las burdas ropas de los milicianos, la tez curtida de los hombres de mar y los rostros graves de los soldados, las armas que resplandecían al sol y los curiosos que contemplaban la escena, formaban un cuadro atractivo e impresionante.

Pérez de Lerma subió al galeón y se acercó al capitán.

—Ya están... —comenzó a decir, pero sus ojos se posaron en la joven y se atragantó. Al fin logró balbucear— elegidos los cien corsarios.

Villegas presentó a su amigo:

—Mi señora doña María Luisa, éste es mi amigo, el alférez Juan Pérez de Lerma, que quedará en la isla de gobernador.

La muchacha preguntó:

—¿Os marcháis?

—Sí. Parto en busca de Francois

L'Olonais.

El capitán Morales se acercó.

—Señora duquesa, vuestro equipaje ha sido desembarcado. Cuando gustéis, podéis partir.

Diego se apresuró a decir al alférez:

—Acompaña a la señora hasta el palacio del gobernador. Se hospedaré allí, mientras batimos al Olonés. Confío en que sabrás protegerla como merece.

Pérez de Lerma, que al saber que María Luisa quedaba bajo su custodia había abierto los ojos como si fueran platos, se apresuró a responder:

—Mi tesón por defender la isla será mucho mayor al saber que del esfuerzo de mi brazo depende la seguridad de tan ilustre dama.

María Luisa agradeció el cumplido y, haciendo una seña a sus dueñas, se dirigió hacia la escalera que la conducía al muelle.

Los corsarios, mandados por Mendoza, se encaminaban al presidio, donde se alojarían. La fuerza estaba compuesta por cincuenta alabarderos y cincuenta arcabuceros.

María Luisa los contempló con una mirada de admiración. Criada en la Corte de Madrid, donde se rendía culto a los aventureros y a los capitanes de fortuna que con su esfuerzo habían creado el Imperio Español, sintió desde niña una profunda veneración por los héroes de Flandes y de Italia. Cuando cumplió trece años marchó con su tío a las Indias y en Cartagena, uno de los puertos donde desembarcaban las hornadas de iluminados, encendidos por la fiebre de la gloria y de las conquistas, pudo admirar por las calles las figuras gallardas y enjutas de los hidalgos que paseaban con el aire de desafío, torcido el chambergo y la mano en la empuñadura de la tizona.

Siempre deseó tener tratos con aquellas arriesgadas avanzadillas del imperio, pero el alto cargo de su tío y otras circunstancias se lo impidieron.

Los corsarios que había visto en Ciudad de la Perla eran el tipo exacto que ella había imaginado como representantes de la sangre aventurera de los españoles, y Diego de Villegas, la encarnación de los capitanes que al frente de los «Malas cabezas» habían creado reinos y extendido las fronteras de la civilización.

Pero el Alférez que la acompañaba le proporcionó un desengaño. Al parecer era uno de los lugartenientes del Corsario Azul y uno de los más importantes, puesto que le encargaba de la defensa de la isla, pero su aspecto en nada respondió a la idea que ella se había formado de los ayudantes de un capitán aventurero. Los imaginaba más rudos y menos galanes, más desenfadados y menos atentos al vestir. En realidad, aquel alférez descarado y sonriente semejaba uno de los barbilindos que la asediaban en la corte del Virrey.

Si María Luisa hubiera tenido un conocimiento más profundo de

los hombres habría descubierto que su acerada mirada no correspondía a la falsa impresión que le había dado.

Un griterío se levantó del muelle. Volvieron la vista los jóvenes y vieron cómo los dos galeones y los tres bergantines se alejaban en busca de las seis fragatas del Olonés.

CAPÍTULO X

PÉREZ DE LERMA SE PREVIENE

Un estruendo de pífanos y de a tambores despertó a María Luisa. De momento se incorporó sobresaltada en el lecho, preguntándose qué ocurría y por qué razón se encontraba en aquella lujosa habitación en vez del camarote del galeón.

Luego recordó que les habían perseguido seis fragatas filibusteras y que se habían refugiado en Ciudad de la Perla, donde ella desembarcó, mientras el galeón partía con la flotilla del capitán Villegas a perseguir a aquel terrible y sanguinario personaje llamado Francois

L'Olonais.

Se albergaba en el palacio del gobernador, que regía, en ausencia del capitán aquel alférez, Pérez de Lerma creía que se llamaba.

El día anterior había llegado poco antes de anochecer y como se encontraba muy cansada, se acostó enseguida. Casi no tuvo ocasión de hablar con el gobernador interino. Supuso que el Corsario Azul le había nombrado para este cargo, que seguramente no tenía ningún peligro, por ser el más atento y el más galante de todos sus oficiales. Por otra parte parecía simpático y bien dispuesto a hacerle la vida agradable.

Los atambores seguían batiendo y se oían voces de mando.

¿Qué podía ocurrir? ¿Les amenazaría algún peligro?

María Luisa tiró del cordón que se unía con la campanilla y llamó a sus dueñas.

Acudieron éstas, muy alegres y sonrientes. Se dijo la muchacha que por lo visto nada grave ocurría.

—¿Qué es este escándalo de cajas y de música? —preguntó la joven.

—El alférez Pérez de Lerma está pasando revista a las tropas —respondió una.

—Y parece tan gallardo como don Juan José de Austria^[14] —aseguró la otra.

Sonrió María Luisa y tomando un salto de cama exclamó:

—Quiero verlo.

Se encaminó hacia uno de los grandes ventanales y lo abrió. Los sones de la música militar llegaron con mucha más fuerza que antes. Los ojos de la muchacha se encendieron de alegría y una sonrisa iluminó su rostro. Inconscientemente, siguió con movimientos de cabeza el airoso ritmo de la marcha que interpretaban los pífanos y los atambores.

En la amplia plaza que se abría ante el palacio habían formado los cincuenta corsarios, a las órdenes de Mendoza, la compañía de pescadores, la de carpinteros, la de los ciudadanos de la capital y las dos de pescadores de perlas.

Ante ellos, muy atildado como de costumbre, se encontraba Pérez de Lerma.

La firme y resoluta actitud de los soldados, su recia formación y las armas apoyadas al hombro, daban a la columna un aspecto marcial y aguerrido.

Los corsarios miraron hacia la ventana a la que la joven se asomaba y, descubriéndola, sonrieron con admiración.

Pérez de Lerma siguió la dirección de sus miradas e hizo una profunda reverencia a la joven. Luego, dándose aires de personaje, los hizo desfilar ante la ventana.

A los sones de la música militar, marcharon las compañías. Los corsarios, con soltura y marcialidad, que excitaba la presencia de aquella hermosa muchacha; las milicias con cierta torpeza, como gente poco acostumbrada a estos menesteres, pero con la firme decisión de defender sus vidas contra las incursiones de los piratas.

Juan se secó el sudor que le perlaba la frente y entró en el palacio. Estaba satisfecho del estado de preparación de sus hombres. No dudaba de que en el combate sabrían suplir la falta de vistosidad en el desfile.

Hizo preparar el desayuno en el Parque y luego envió recado a

la duquesa de Santángel para ver si fe hacía el honor de compartirlo con él.

Mientras aguardaba recapacitó sobre su situación. Ésta no era excesivamente halagüeña. La milicia era de confianza, pero resultaban tropas bisoñas. Cierto que los cien corsarios valían por un tercio, pero no debía desestimar a los bucaneros. Éstos eran veteranos en la Sierra y luchaban con la desesperación del que sabe que no va a recibir cuartel. Por otra parte recudan casi siempre a las traiciones y engaños. Además, Pérez de Lerma no lo ignoraba, una gran parte de la población civil le era hostil. Todos los parientes, amigos y sirvientes de los miembros del Cabildo que el capitán había encarcelado, le miraban como a un enemigo y esperaban la ocasión para asesinarle. Por esta causa seguía manteniendo en su encierro a los rebeldes del Cabildo.

Estaba seguro, y con Villegas había tratado de este asunto, que el Olonés no dejaría de atacarle. Era muy probable que la persecución del galeón mercante fuera una añagaza para alejar al Corsario Azul de Ciudad de la Perla y dejar a la población casi sin defensas.

Pero se equivocaba Francois, se dijo Juan con una sonrisa. Ciudad de la Perla estaba defendida y resistiría sus embestidas. Diego, por otra parte, apenas se alejaría de sus costas, procurando cerrar el paso o cortar la retirada del Olonés.

Lo más triste de todo era que el filibustero contaba con un espía en la ciudad. Éste debía ser necesariamente persona de importancia, quizá uno de los capitanes de la milicia, que conocía los secretos de más interés.

Sin embargo, esta situación difícil, aislado a sus propios medios ante un enemigo más numeroso que tenía espías en su campo, debiendo defender a la población pacífica de la ciudad y, especialmente a la bella duquesa de Santángel, animaba al alférez y le hacía sonreír muy satisfecho de la vida.

El hecho de que la suerte de una mujer tan hermosa como María Luisa dependiera del esfuerzo de su brazo le elevaba a la cumbre de la felicidad.

Vio cómo la joven cruzaba el jardín en compañía de las dueñas. En realidad, pensó, nunca había visto una muchacha tan bonita como aquélla. Sus ojos aterciopelados parecían acariciar con la

mirada y la sonrisa de sus labios rojos invitaba al beso. Una de las mayores dichas sería estrechar entre sus brazos el cuerpo esbelto de la duquesa de Santángel.

Un amplio sombrero ocultaba el semblante de la muchacha al tórrido sol y vestía un blanco traje escotado. Al reunirse con el alférez sonrió y éste hizo una profunda reverencia.

—Preguntasteis si quería acompañaros en el desayuno —dijo ella— y ésta es mi respuesta.

—Sois muy amable, señora.

Se sentaron a la mesa y, mientras los criados servían el desayuno compuesto de chocolate y bizcochos, según la moda española, María Luisa preguntó al alférez detalles de su vida.

—Nací en una aldea castellana, el segundo de varios hijos. Mi padre era un antiguo capitán, que se había retirado del ejército, adquiriendo una pequeña hacienda. Su sangre era tan limpia como escasa su bolsa. Yo no tenía afición a la vida de la aldea y me mandaron, a costa de grandes sacrificios, a estudiar a Salamanca. Estuve allí dos años, pero pronto me cansé. Las pendencias entre estudiantes me encendían el ánimo y cierto día volví inopinadamente a casa para pedir licencia a mi padre. Quería ser soldado. Mi padre me dio su bendición y la parte de la herencia que me correspondía. Partí entonces hacia Barcelona, donde se reclutaban tropas para una campaña contra Francia. Luché en el Rosellón contra los franceses, en Flandes contra los ingleses y en el Mediterráneo contra los turcos. Tomé parte en el asalto a Breda y, al cumplir veinte años, me licencié con el grado de sargento. Embarqué entonces para las Indias, buscando honra y provecho. En Santo Domingo conocí al capitán Villegas, que me nombró alférez de los corsarios del Rey. Como veréis, es la mía una historia un tanto vulgar, la de todos los soldados.

De momento, la joven se extrañó. No imaginaba a aquel elegante oficial, marchando con la pica al hombro, por caminos llenos de barro, confundido con las tropas. Sin embargo, cuando alcanzó el grado de alférez en las fuerzas que mandaba un capitán tan exigente como Diego de Villegas, debía ser un soldado valiente y enérgico.

—¿Os agrada la carrera de las armas? —preguntó la muchacha.

—No ansío otra. Para un hombre no la hay mejor. Marchar a la

aventura, sin que el musgo de ninguna parte crezca en vuestras botas. Compartir la amistad leal de los camaradas, gozando con ellos de franca alegría. En los mesones de las ciudades por donde pasa nuestra columna —explicó Juan, con los ojos encendidos—. Después, se vive siempre al acecho, en continua elasticidad de la voluntad, avanzando por los montes y los bosques, sorprendiendo a las avanzadillas enemigas, librando escaramuzas, replegándose ante un adversario más numeroso para dormir sobre la hierba, con las armas al alcance de la mano. Hacer marchas forzadas, para sorprender el campamento de los contrarios. Y, luego, se encuentran también los momentos de mayor emoción. Se defiende una trinchera, mientras el adversario ataca inútilmente una y otra vez; cargar al compás del tambor, mientras las granadas caen estallando a pocos pasos, y plantar la bandera en los muros de la ciudad enemiga. —Hizo una pausa y agregó—: No, no hay mejor vida que la del soldado.

María Luisa asintió.

—Si yo fuera hombre, también me enrolaría en el servicio del Rey.

Pérez de Lerma contempló los labios rojos de la muchacha y sus ojos encendidos y declaró:

—En estos momentos, siento por Francois

L'Olonais

un agradecimiento infinito.

Enarcó ella las cejas.

—¿Por qué?

Juan sonrió al tiempo que bebía el chocolate.

—Si ese bucanero no os hubiera perseguido, hubierais continuado el viaje hacia España y yo ni siquiera habría sospechado vuestra existencia. ¿No os parece que le debo todo mi agradecimiento?

Agradeció María Luisa el cumplido y repitió como en un suspiro:

—¡Hacia España! No sabéis cómo deseo ver nuevamente la corte. Hace diez años que salí de allí.

—Yo hace algunos menos y efectivamente es un lugar muy agradable. Imagino —continuó el alférez— que los caballeros de Madrid sentirán, cuando lo sepan, vuestro retraso.

La joven contuvo una sonrisa.

—Es posible.

Pérez de Lerma se atusó el bigote.

—¿Vuestra familia —preguntó— vive en Cartagena de Indias?

—Mi única familia era mi tío, que ahora ha muerto. Mi madre murió al nacer yo y mi padre en la campaña contra los moriscos, cuando yo era muy niña.

—¿Y ninguna protección tenéis en el mundo? —exclamó Juan. Luego, con ademán caballeroso, agregó—: Contad siempre con mi espada y con mi corazón, para defenderos.

María Luisa se mordió los labios y dijo:

—Os lo agradezco infinito, señor alférez, pero me dirigía a España para casarme.

Pérez de Lerma dejó caer la copa de vino que sostenía y que se hizo añicos en el suelo.

—¿A casaros?

Ella asintió en silencio. El corsario tragó saliva y se atusó el bigote. Luego, con una sonrisa, preguntó:

—¿Le amáis mucho?

María Luisa alzó los ojos, como si la sorprendiera esta pregunta.

—Hace diez años que no veo a Gonzalo —explicó—. Su padre era amigo del mío y de niños jugábamos juntos. Casi no recuerdo con certeza cuándo empezamos a hablar de nuestra boda, que las dos familias veían con agrado. Al marchar a las Indias, me recordó que me quería. Seguimos escribiéndonos y al saber la muerte de mi tío, me ofreció de nuevo su mano. Yo accedí, ya que siempre le había considerado mi futuro esposo. Irá a recibirme a Sevilla.

—¿Es oficial? —preguntó Juan, por decir algo.

—No. Tiene un alto cargo en la corte.

El diablo descarado que vivía en el alma del corsario exclamó:

—Ya comprendo. Es uno de esos barbilindos a los que nosotros defendemos con nuestras vidas y que en agradecimiento nos desprecian.

María Luisa se puso en pie.

—¡Habláis de mi prometido!

Juan sonrió.

—No fué mi intención ofenderos —comenzó a decir, pero la muchacha dio media vuelta y regresó al palacio.

CAPÍTULO XI

BRILLAN LAS TIZONAS

La luna no había salido aún. El negro manto de la noche se extendía sobre la ciudad. Los habitantes se disponían a gozar del agradable aire fresco de aquella hora.

En los mesones y en los patios interiores de las casas se reunían los amigos para charlar y algunas muchachas punteaban las seguidillas al compás de las guitarras. Algunas voces se alzaban en distintos puntos de la población. Por las murallas del presidio y en algunos fortines de las trincheras que alrededor de la ciudad había escavado el alférez, paseaban, los centinelas.

A una playa cercana al puerto, se dirigían varias lanchas cargadas de hombres armados. Iban semidesnudos y sucios, otros vestían con extravagancia, luciendo las más disparatadas ropas. En la proa de una de las embarcaciones se veía una enjuta y sombría figura. De su costado pendía una larga espada y sus negros cabellos se agitaban al viento.

El que se encontraba más cerca, dijo en voz baja:

—¿Estás seguro de que podremos desembarcar aquí, Francois?

El aludido asintió.

—Me informaron de que tan sólo existen las guardias en el presidio y en las defensas de la ciudad.

Este lugar es muy a propósito para facilitar nuestro desembarco. No podíamos acercarnos con los buques porque nos hubieran visto desde el presidio. —Hizo una pausa el pirata y continuó—: La trinchera está a corta distancia y la podremos asaltar fácilmente. La ciudad es nuestra y aquí esperaremos el regreso del Corsario Azul.

Otro de los desalmados agregó:

—El Olonés jamás se equivoca.

El capitán sonrió complacido por éste elogio y contempló la playa que parecía acercarse a ellos. Era bastante grande para que todos sus hombres pudieran desembarcar y lanzarse luego al ataque. Contaba con dos mil filibusteros de todas las nacionalidades y creía que serían suficientes para dominar Ciudad de la Perla.

Los informes que su gente había enviado a Francois

L'Olonais

eran auténticos. Tan sólo hubo una cosa que no dijo, porque todos en la población la ignoraban. Cada noche, algunas escuadras de corsarios patrullaban por los alrededores de la ciudad. Mendoza los nombraba y ellos, manteniendo el secreto, salían con sus armas y regresaban al amanecer.

En aquellos instantes, una ronda, mandada por el digno Menergas, avanzaba hacia la playa. Acostumbrados a la guerra, ninguno hablaba, manteniendo la atención fija en su cometido.

Vieron cómo las lanchas se acercaban a la playa. No fué necesario que les dijese que se trataba de un desembarco enemigo. Amartillaron las pistolas y, todos a una, hicieron fuego sobre los primeros bucaneros que habían saltado a tierra. La descarga sorprendió a los piratas que estaban muy seguros de que nadie les había visto. Menergas ordenó con presteza:

—Cargad de nuevo. Hiciéronlo así los corsarios y otra descarga cayó sobre las huestes del Olonés. Las detonaciones habían sembrado la alarma entre los centinelas y se oían sus voces que convocaban a la ciudad en armas. Al mismo tiempo los soldados del presidio disponían las piezas, aprestándose a repeler el asalto.

Menergas tuvo una idea. Con unas ramas hizo una antorcha y la agitó en el aire. Los artilleros, comprendiendo la señal, comenzaron a disparar en aquella dirección. Sobre la playa caían las granadas, levantando chorros de agua y nubes de arena. Las esquirlas se desparramaban sobre los bucaneros, derribándoles por tierra. Las lanchas se quebraban hechas astillas. Con el tronar del cañón, que parecía rasgar el aire, se mezclaban los lamentos de los heridos y los gritos de triunfo de Menergas y de sus corsarios.

Casi enseguida apareció Pérez de Lerma al frente de los cincuenta arcabuceros que montaban guardia ante el palacio del

gobernador. Menergas y sus hombres se les unieron.

—Señor alférez, corramos. Aun se puede tumbar a unos cuantos piratas.

Juan hizo una seña y toda la tropa apresuró la marcha, encaminándose hacia la playa.

Las granadas seguían cayendo y destrozando hombres y embarcaciones. Pérez de Lerma dio una breve orden y el estruendo de la artillería veló el ruido de los gatillos al amartillarse.

Se oyó de nuevo la voz del alférez y una descarga de arcabuzazos derribó por tierra a los piratas que se encontraban más cerca. El pánico cundió entre los bucaneros. Habían sido traicionados y una gran fuerza les atacaba.

Sin ningún orden, azuzados por el miedo, se lanzaron sobre las embarcaciones, algunas de las cuales zozobraron.

El Olonés gritaba sin cesar, llamando a sus hombres, pero nadie le hacía caso. Al fin, él también saltó sobre la última lancha.

* * *

El alférez, tan pulido y tan sereno como de costumbre, entró en el palacio del gobernador, al frente de los cincuenta arcabuceros.

Por las calles marchaban los pífanos y los atambores reuniendo las compañías.

María Luisa salió al encuentro de Pérez de Lerma. Éste, al ver a la muchacha, se descubrió ceremoniosamente.

—¿Qué ocurre, caballero? —preguntó la joven, algo asustada.

—Nada, señora —respondió el alférez con una sonrisa—. Los piratas intentaron desembarcar, pero fueron rechazados.

La muchacha juzgó que Juan ninguna parte había tenido en la escaramuza, ya que su aspecto exterior parecía tan limpio como el día que almorzaron juntos en el jardín. Con seguridad, aquel aventurero había enviado a los soldados a la lucha y él esperó en el palacio.

—¿Por qué tocan los atambores? —volvió a preguntar.

La sonrisa de Pérez de Lerma se ensanchó aún más.

—Para conmemorar el triunfo. No os alarméis.

María Luisa regresó a su habitación y dio una patada de enfado en el suelo. Aquel corsario no parecía tratarla con mucho respeto. Siempre la consideraba una niña y jamás la trataba como una

mujer. Ofendió a su novio, diciendo que dependía de su espada, lo que si no dejaba de ser cierto, era una descortesía.

Ignoraba la razón, pero estaba segura de que al decirle que tocaban los alambres para celebrar el triunfo no hizo más que burlarse de ella. Frunció los labios con furor y se dijo que Pérez de Lerma no era más que un barbilindo inútil y mal educado. Para vengarse de él, repitió que era un hombre despreciable e inútil y que por esta razón el capitán Villegas no le había incluido en su flotilla, dejándole en la ciudad donde ningún peligro corría. Seguramente reunía a las compañías porque estaba tan asustado que únicamente viendo la calle ocupada por los hombres de armas se sentiría él seguro en su palacio. Tranquilizada por esta reflexión se acostó.

No pasó mucho tiempo sin que se volviera a despertar, sobresaltada por un griterío ensordecedor que se levantaba ante su puerta. Saltó del lecho y, vistiendo un largo salto de cama, se apresuró a ver lo que ocurría. Abrió la puerta y vio a sus dos dueñas que discutían con un corsario joven y bien parecido, que empuñaba la alabarda de sargento. Más allá se veía a algunas mujeres pálidas, a las que rodeaban unos niños que se aferraban a sus faldas. Se oían conversaciones en otras partes del edificio, y desde la calle llegaba el rumor de pasos y de órdenes dadas con seca voz.

—¿Qué sucede? —preguntó María Luisa con tranquilidad.

Una de las dueñas se volvió escandalizada.

—¡Señora, este sargento quería que abandonaseis vuestro dormitorio!

—¡Yo no he dicho eso! —exclamó irritado Mendoza, que no era otro el corsario. Se quitó el chambergo, con caballeroso ademán—. Señoría, estamos habilitando el palacio como refugio de las mujeres y de los niños de la población. Algunas salas, las más espaciosas, servirán de hospital y de cocinas.

María Luisa miró a Fernando con increíble asombro.

—¿Hospital? —repitió—. ¿Pues qué ocurre?

—Se teme que los bucaneros intenten un asalto a la ciudad —explicó el sargento—. Y yo pedía a vuestras dueñas que permitieran la entrada en vuestro dormitorio de algunas mujeres.

Otra de las dueñas exclamó:

—¡Bien se ve que sois un corsario y que ignoráis lo que es una

persona de calidad! ¡Mezclar a una duquesa con plebeyas!

—Basta —ordenó la joven. Luego le informó a Mendoza—: Haced que pasen esas desgraciadas. En la guerra todos somos iguales.

Con gran horror de las dueñas, que intentaban inútilmente evitarlo, abrió las puertas de su dormitorio y permitió que entrasen las mujeres y los niños. Luego, se dispuso a vestirse. Con sorpresa vio, a través de las ventanas que abría Mendoza, que el sol comenzaba a izarse sobre la ciudad.

En aquellos momentos, François

L'Olonais

desembarcaba a sus hombres en una playa situada a varias leguas de la población y comenzaba la marcha sobre Ciudad de la Perla.

En las trincheras que protegían la capital, las compañías de milicias aguardaban el ataque del Olonés. Pérez de Lerma los había colocado de manera que formaban unidades de arcabuceros y de piqueros. De este modo el amunicionamiento resultaba más sencillo y además, las armas de fuego lucharían mientras los piratas se acercaban y junto a ellas, las picas esperaban para intervenir el momento del asalto.

En el presidio, que dominaba el puerto y los alrededores de la ciudad, los soldados cebaban los cañones.

Los corsarios a las órdenes de Mendoza descansaban en el centro del pueblo, cantando y bebiendo. Formaban una fuerza móvil que acudiría a los lugares de mayor peligro.

Mientras, Pérez de Lerma, en mangas de camisa, con las pistolas al cinto, la tizona pendiendo del tahalí y los cabellos envueltos por un pañuelo blanco, recorría la trinchera que había construido alrededor de la ciudad. El tintineo de sus espuelas indicaba a los defensores la presencia del alegre y desenfadado lugarteniente del Corsario Azul.

La trinchera consistía de una amplia zanja, tras la que se alzaba una empalizada de gruesos troncos, que llegaba hasta el pecho de un hombre, reforzada en algunos lugares con cestos llenos de piedras, por si el enemigo bombardeaba.

El sol se alzó en el firmamento, esparciendo su luz sobre la ciudad y los verdes campos, cubiertos de sembrados.

La población había sufrido un grave cambio durante la noche.

Cuando el día anterior murió, era la capital de La Granada, cuando volvía a salir el sol, se había convertido en un campamento militar. Desde el presidio, el alférez Medrano hizo una señal. Por la trinchera corrió la voz:

—¡Ya vienen!

Los oficiales dieron sus órdenes mientras los soldados preparaban sus armas. Los corsarios sonrieron y Menergas comentó:

—¡Ya comienza la faena!

Pérez de Lerma se volvió al corregidor, Álvaro de Guzmán, y, sonriendo, agregó:

—Ahora veremos el temple de algunos caballeros.

Mientras se encaminaba a los sótanos del palacio, María Luisa, en compañía de otras mujeres, contemplaba a la numerosa hueste que avanzaba sobre la ciudad. No marchaban formados, sino en grupos como una horda salvaje. A la cabeza, se veía a un hombre esbelto y sombrío, cuyos cabellos flotaban al viento. Una de las mujeres lanzó un grito y, uniendo las manos, comenzó a sollozar.

—¡Es el Olonés! ¡Le recuerdo! ¡Yo presencié como saqueaba la ciudad!

El alférez se detuvo ante los calabozos y, con una burlona sonrisa, examinó a los miembros del Cabildo que tenía presos. El caballero Vélez de Guevara se revolvió furioso:

—¿A qué viene esta nueva afrenta?

—Quería informaros —comenzó a decir Juan— que Francois L'Olonais está atacando la ciudad.

Entre los cautivos se oyeron murmullos de sorpresa.

—¿Venís a pedir ayuda? —preguntó con sorna el caballero Vélez de Guevara.

—No —aseguró Pérez de Lerma—; venía tan sólo a comunicaros lo que ocurre. Ahora os pondré en libertad. Si lo preferís, podéis ayudar al Olonés a derrotarnos. Es posible que os lo agradezca.

Tras una pausa, durante la que los presos le oyeron asombrados, el alférez dio la vuelta y salió de la prisión. Mientras se dirigía a la calle oyó cómo se abrían los calabozos. A toda prisa se encaminó hacia el lugar de la trinchera, por el que atacaban los bucaneros.

A simple vista les vio avanzar, blandiendo las armas: Aparecían flacos, sucios y feroces como lobos. Casi todos lucían ropas burdas

de marinero, pero algunos ostentaban alguna rica prenda, como un tahalí de oro, un chambergo emplumado, o un cuello de encaje, que contrastaba con su sencillo traje. Sin perder su sonrisa, cuyo ánimo se contagiaba a los hombres, Pérez de Lerma les permitió que se adelantaran. Observó que no arrastraban cañones de desembarco como temió al principio. De este modo, la superioridad numérica del Olonés quedaba compensada por las piezas del presidio.

CAPÍTULO XII

ASALTO

Hasta la trinchera llegaba el canto de los corsarios, alegre y desafiador. Los defensores de Ciudad de la Perla apretaban las armas, espejando el momento de la lucha.

Los bucaneros avanzaban, aullando ferozmente y guando las armas como locos.

Pérez de Lerma hizo una señal y la artillería del presidio abrió fuego sobre los asaltantes. Las granadas y la metralla cortaban el aire, cayendo entre las desordenadas filas de los piratas. Los estallidos de los proyectiles, levantaban nubes de polvo y alzaban a los filibusteros destrozados. Por un instante pareció que el ataque iba a flaquear, pero el Olonés blandía su espada en el aire, animando a los proscritos. Dejando una estela de muertos, los bucaneros continuaron avanzando. El sol arrancaba destellos de sus armas e iluminaba sus semblantes feroces.

El alférez dio una nueva orden:

—¡Fuego, los arcabuceros!

A lo largo de la trinchera, asomaron los cañones de las armas ligeras y comenzaron a disparar. En los intervalos entre los cañonazos, se oía el seco canto de los arcabuces. Llegaron los piratas junto a la amplia y profunda zanja. De pronto, se detuvieron sorprendidos. Aquel improvisado foso les colocaba en franca inferioridad ante los defensores de la trinchera. Mientras debían escalar la empalizada, los españoles disparaban a mansalva sobre ellos. Francois y sus segundos animaban a los bucaneros pala que comenzase el asalto.

Pérez de Lerma envió un enlace a Mendoza. A los pocos minutos los cien corsarios acudían a la trinchera. Con rapidez se colocaron en sus puestos y los arcabuceros comenzaron a disparar. Mientras se mofaban y dirigían insultos a los piratas, cargaban de nuevo sus armas y hacían fuego sobre el enemigo.

Las fuerzas del Olonés flaquearon. Se vio en algunos los primeros síntomas del miedo. Francois les incitaba a que asaltaran, pero sus hombres no se decidían.

Pérez de Lerma separó a una escuadra de arcabuceros y la mantuvo a su lado, mientras ordenaba a los demás que arreciasen sus disparos.

Al fin, un grupo de filibusteros se decidió a atacar. El alférez se volvió a la escuadra que había elegido.

—¡Fuego sobre ellos!

Los corsarios se echaron las armas a la cara y oprimieron los gatillos. La descarga derribó a más de la mitad del grupo asaltante, muchos de los cuales cayeron en la zanja. Desde la trinchera continuaron disparando sobre los que quedaban en pie hasta que ni un solo filibustero del audaz grupo conservó la vida.

Entonces comenzó la desbandada. Echaron a correr los bucaneros, alejándose de la trinchera. Algunos soldados quisieron seguirles, pero la voz del alférez les mantuvo en su sitio.

—Esperad a pie firme. No tardarán en volver.

Desde las defensas de la ciudad, vieron cómo el Olonés detenía la fuga de sus hombres y los reorganizaba. Agitaba la espada en el aire y les hablaba, señalando la ciudad.

Luego, sus hombres se desperdigaron por las chozas de los contornos. Reaparecieron cargados con escaleras de mano y puertas, que colocaron a modo de escudos.

Cargaron nuevamente, con ciega furia. Algo avergonzados quizá de su huida anterior.

La artillería rasgó de nuevo el aire claro de la mañana. Las granadas estallaban entre la horda enemiga, desparramando sus esquirlas sobre los bucaneros. Desde la trinchera abrieron nuevamente fuego de arcabuz, pero, más protegidos esta vez, los filibusteros continuaron avanzando a pesar de las bajas. Al llegar junto a la zanja tendieron las escaleras y las puertas de modo que formaran puentes sobre el foso y se lanzaron al ataque.

Los arcabuceros dispararon casi a boca de jarro sus últimos disparos, que derribaron más hombres en la zanja, y las picas y las espadas salieron a relucir. Incorporados sobre la trinchera, los defensores la erizaron de armas. Pronto llegaron al cuerpo a cuerpo. Pérez de Lerma disparó las pistolas y desnudó la espada. Un gigante rubio que se disponía a saltar al interior de la ciudad cayó con la garganta atravesada de un golpe. La lucha se generalizó a lo largo de la trinchera. Los arcabuces, manejados por el cañón, parecían mazas. Las picas y los aceros se esgrimían contra el adversario, pero el enemigo, mayor lo constituían las alabardas, manejadas por los corsarios. En medio de la algarabía general estallaban secos pistoletazos.

Los heridos caían al foso, confundiéndose con los muertos. Los lamentos y los gritos de los luchadores llenaban el aire junto con los estampidos de las armas y el chocar de los aceros. Con las alabardas, manejadas por los corsarios, destrozaban los semblantes y los cráneos de los piratas. Pero la superioridad numérica de los bucaneros era muy grande y al fin lograron abrir brecha. Varios desalmados saltaron al interior de la trinchera y se dispusieron a atacar a los españoles por la espalda. Menergas y Mendoza, seguidos por un buen número de alabarderos, les hicieron frente, mientras sus camaradas mantenían la defensa de la trinchera. La lucha se hizo más cruel. Los filibusteros, animados por aquel rápido éxito, arreciaban sus ataques y más piratas saltaban al interior. Pérez de Lerma, con el rostro chamuscado de pólvora, repartía tajos sin cesar animando a sus hombres.

En aquel instante se oyó un griterío y hacia la trinchera avanzó el caballero Vélez de Guevara al frente de un grupo armado. Juan temió que acudieran a ayudar a los filibusteros, pero el anciano aristócrata blandió su tizona y gritó:

—¡A ellos! ¡España!

Como un alud cargaran contra los filibusteros. Menergas y Mendoza cerraron con sus corsarios las brechas, mientras los compañeros de Vélez de Guevara acuchillaban a los que habían saltado al interior de la trinchera.

Una vez limpio de piratas el interior de la defensa, se apresuraron todos a cubrir las bajas. De nuevo la trinchera formaba una barrera erizada de acero. Los ataques de los proscritos se

estrellaron una y otra vez contra las armas de los españoles hasta que al fin se replegaron.

Pérez de Lerma se volvió hacia el caballero Vélez de Guevara.

—Gracias —dijo tendiéndole la mano—. Habéis salvado a la ciudad.

—No. Habéis sido vos y vuestro capitán. Ahora, un poco tarde quizá, lo comprendo.

Juan hizo retirar a los heridos y a los muertos y se dispuso a esperar un nuevo ataque. En el palacio del gobernador, el médico de la ciudad, ayudado por las mujeres, atendía a los heridos. En las salas destinadas a cocina humeaban grandes calderas que algunas muchachas llevaban después a las trincheras, repartiendo la comida.

María Luisa atendía a los heridos, mezclada con las mujeres del pueblo. Su blanco traje se veía manchado de sangre y el negro cabello se encontraba algo despeinado. Todos, heridos y mujeres, admiraban su buena voluntad. No había descansado ni un instante y para todos tenía una palabra de consuelo. Lo que ignoraban es que un gran cambio había ocurrido en su alma. Comenzaba a reconocer la gran verdad de lo que Pérez de Lerma dijera acerca de su novio. Aquéllos eran los defensores del imperio, no los cortesanos. Le habían dicho que el alférez dirigía la defensa. Durante los combates reía y bromeaba, mientras su tizona se iba hundiendo en el cuerpo de los enemigos. No podía imaginar al atildado oficial dirigiendo un ataque. El sol estaba ya muy alto en el cielo. El tórrido calor de los trópicos hacía casi imposible la lucha y españoles y bucaneros procuraban buscar la sombra de los árboles y de las casas, para protegerse de los abrasadores rayos del sol.

A últimas horas de la tarde, los filibusteros intentaron un nuevo ataque. Dividieron sus fuerzas en dos grupos que atacaron la ciudad por distintos sectores.

Desde la trinchera se defendieron con increíble denuedo, asestando terribles golpes al enemigo. Por todas partes por donde intentaban el asalto, los bucaneros encontraban la trinchera erizada de armas y por todas partes surgían los feroces corsarios que les cerraban el paso.

Por tres veces intentaron capturar la ciudad y por tres veces fueron rechazados. Al anochecer los filibusteros se replegaron.

Desde la trinchera pudieron ver los españoles el resplandor de las hogueras del campamento de los piratas.

Pérez de Lerma organizó los turnos de guardia de manera que los hombres pudieran descansar, pero les recomendó que no se alejasen de sus puestos.

El sol, con un rojizo resplandor, se ocultó en el mar y las sombras de la noche tiñeron la tierra. El alférez se secó el sudor que le cubría la cara y contempló el vivac de los bucaneros, con una increíble sensación de triunfo. Les había contenido. Con menos fuerzas de las que le atacaban había impedido el asalto. Podían aún resistir muchos días y aun vencer. En caso de que el Olonés no quisiera retirarse, Diego regresaría con sus buques y apresarían a los piratas entre dos fuegos.

Álvaro Guzmán, corregidor de la población, se acercó a él.

—Estáis fatigado, señor alférez. Deberíais retiraros a descansar.

Juan sonrió con alegría.

—Mi puesta está aquí.

—Por hoy ya habéis hecho bastante —aseguró el corregidor.

—Así es —afirmó el caballero Vélez de Guevara, que se les había unido—. Necesitáis descansar. Mañana será más cruel la lucha.

Pérez de Lerma se dirigió al palacio. Efectivamente, necesitaba un poco de reposo. Ni un solo instante, desde el ataque de la noche anterior, había dejado su puesto. En la entrada del palacio le recibieron algunas mujeres.

—¿Quiere comer, vuesa merced? —le dijo una muchacha.

Otra de más edad se apresuró a añadir:

—Si lo desea, señor alférez, le prepararemos un lecho y un buen vaso de ron.

Pérez de Lerma se echó a reír.

—Eso último me hace mucha falta. Pero el lecho no es necesario, me tumbaré en cualquier jergón. Soy un soldado.

Continuó su camino, respondiendo a los saludos de los heridos. Todos parecían admirarle y respetarle. Varios corsarios con los brazos o la cabeza vendada sonrieran con orgullo. Era uno de los suyos quien había organizado la defensa.

Pérez de Lerma se atusó el bigote y dijo con bravuconería:

—Confío en que mañana atacarán con más brío. Empieza a aburrirse uno.

Un coro de carcajadas acogió esta salida. Los heridos relataban los incidentes de la pelea, mofándose de los piratas.

María Luisa atendía, en el piso superior, a dos pescadores. De pronto, uno de ellos dijo:

—Ahí va el alférez.

—Sin él, ya estaríamos en poder del Olonés —aseguró el otro.

La joven se volvió para ver una figura esbelta y musculosa, con el blanco traje chamuscado de pólvora y manchado de barro. Sus cabellos aparecían envueltos en un pañuelo. Era imposible que se tratara de Pérez de Lerma y, sin embargo, tenía el mismo aire de descaro y de audacia. En un impulso se acercó a él.

—¡Alférez!

Se volvió el corsario. En su moreno semblante, ennegrecido por los disparos, brillaban sus alegres ojos y sus blancos dientes.

—¿Cómo os sentís, señora?

—No importa cómo yo me pueda sentir —exclamó—. Sois vos quien necesita atención. ¿Estáis herido?

Juan negó con la cabeza.

—Fatigado sí debéis estarlo —agregó la muchacha—. Sé que no os habéis apartado ni un instante de vuestro puesto.

El alférez se atusó el bigote.

—Eso a mí no me cansa. Al contrario, después de un buen combate, me siento más fuerte.

María Luisa no pudo reprimir una sonrisa.

—Sois un soldado fanfarrón —dijo afablemente—. Pero si el Rey tuviera muchos como vos, no habría perdido Rocroy^[15]. —Luego, agregó—: Venid conmigo. Hay aquí una habitación en la que podréis descansar.

La siguió el alférez y entraron en un pequeño dormitorio en el que se veía un lecho y unas sillas. La joven encendió un velón y le indicó la cama al corsario.

—Descansad. Si algo ocurriese os avisaría enseguida.

—Sois muy bondadosa conmigo, señora —aseguró Pérez de Lerma.

—Ningún cuidado se os puede negar —dijo ella—. Os debemos nuestras vidas.

Juan estuvo de acuerdo en ello.

—Me alegro de que lo reconozcáis.

María Luisa sonrió de nuevo.

—Sois un incorregible fanfarrón —exclamó, pero su voz poseía una nota dulce y acariciadora.

El alférez se detuvo y se volvió a mirarla. La muchacha le contemplaba con una cariñosa expresión. Estaban muy cerca el uno del otro. De pronto, una corriente de aire apagó la vela, dejando la habitación a oscuras.

Los dos jóvenes tropezaron y quedaron inmóviles, con las manos unidas. Juan sintió muy cerca el corazón de la muchacha que latía con fuerza. De pronto, María Luisa pareció reaccionar y dijo con voz tenue:

—Adiós, fanfarrón.

Se separó del alférez y salió de la habitación.

Pérez de Lerma quedó solo en el dormitorio en sombras. Se hundió sobre la cama y quedó pensativo.

¿Qué le ocurría con aquella muchacha? ¿Por qué sentía inesperadamente tanto odio hacia los cortesanos? No era la primera mujer que se cruzaba en su vida y, sin embargo, todo lo que con ella relacionaba tenía para él un vivo interés. El hecho de que María Luisa estuviera en la ciudad contribuyó no poco a hacer más efectiva la defensa. ¿Sería que... sería que...? El alférez no se atrevió a concluir la frase. Le inquietaba pensar en María Luisa.

CAPÍTULO XIII

EL ESPÍA

María Luisa salió de la habitación y se apresuró a alejarse. Tenía el pulso alterado y le latían las sienes. No comprendía lo que estaba sucediendo. Nada de lo que ocurría desde que los filibusteros aparecieron ante la isla tenía explicación lógica en su vida. No era frecuente que la duquesa de Santángel se mezclara entre menesterosos y heridos para cuidarles y, sin embargo, después de todo un día de no hacer otra cosa, le parecía lo más natural del mundo. Con Pérez de Lerma también le ocurría algo muy extraño. Jamás, ni después de haber oído su historia de soldado, le creyó capaz de actuaciones honrosas ni de luchar como un hombre. Le juzgó mal, ateniéndose a un patrón completamente equivocado, por el que los héroes eran seres de apostura teatralmente belicosa, que hablaban siempre en frases rimbombantes. Le creyó un lechuguino inútil y galante y gracias a él la ciudad se alzaba invicta ante las manos codiciosas de los bucaneros.

Recordó la imagen del alferez, despechugado, con el semblante sucio de pólvora. El cansancio le dominaba, pero seguía sonriendo, con la alegría desgarrada e invencible del soldado. En lo más profundo de su corazón, la joven sentía un incontenible anhelo de apoyar sobre su regazo la cabeza de Juan y vigilar su sueño.

* * *

Durante la noche los bucaneros intentaron un débil asalto, que fué rechazado con facilidad.

A la mañana siguiente, cuando el limpio y esplendoroso sol

invitaba a cantar la belleza de la vida, los españoles se enfrentaron con la muerte. Nuevamente cargaron los piratas, con más ferocidad al ver que la presa que ya creían segura se les escapaba de las manos. A lo largo de la trinchera lucharon con desesperación. Las picas y las espadas se cerraron, impidiendo el paso a los proscritos. En el foso quedaron los heridos, confundidos con los cadáveres.

Después de este ataque, los filibusteros se replegaron a su campamento de la noche anterior. Los españoles aprovecharon la circunstancia para descansar y limpiar las armas.

De improviso, un terrible estampido, al que siguió una algarabía de gritos, removió el aire claro del trópico. Sobre la trinchera cayó una granada, que estalló desparramando esquirlas. Siguieron otras detonaciones y la defensa se vio bombardeada por la artillería enemiga. El alférez examinó el campo adversario. Varios cañones navales habían sido colocados ante la ciudad. Debieron desembarcarlos durante la noche y entonces entraban en acción.

Sobre las defensas estallaban las granadas derribando soldados y reventando la empalizada. Entre un remolino de esquirlas, humo, tierra y astillas Pérez de Lerma ordenó la retirada de los hombres.

Los hizo colocar a corta distancia y les mandó tenderse en el suelo. Luego, desafiando la muerte que se desparramaba junto a las trincheras, se acercó a la empalizada. Vio cómo los bucaneros cargaban, bajo el amparo de la artillería. Iban a atacar por el mismo lugar que la metralla batía. Hizo una seña a Mediano que en el presidio dirigía sus piezas. Los cañones españoles formaron una barrera de acero que detenía el avance de los piratas. Pero algunos más audaces, encabezados por el Olonés, traspasaron el círculo de granadas y se dirigieron hacia la empalizada. Animados por este rasgo de valor, los demás les siguieron. En el momento, de alcanzar la trinchera, calló la artillería pirata. Entonces, Pérez de Lerma llamó a sus hombres. Éstos cargaron con ímpetu arrollador y chocaron contra el enemigo, en el instante en que asaltaban las defensas. Las espadas y las picas cenaron el paso al enemigo. Las culatas de los arcabuceros caían como mazas. Las pistolas ladraban, mordiendo la vida de los luchadores.

A toda prisa llegó Mendoza con los corsarios. Con furor, arremetió contra los bucaneros, deshaciendo con su furia el ataque adversario. Con los dientes apretados, descargaban ciegos golpes.

Juan esgrimía la tizona, describiendo mortales centelleos. Una vez más, los filibusteros se retiraron, dejando una estela de cadáveres y de heridos.

Durante toda la reyerta, los cañones no habían cesado de rugir. Medrano, que conocía bien su oficio, había dirigido el tiro de sus baterías hacia las piezas bucaneras. Como la artillería del presidio estaba compuesta por cañones de batería, los más pesados de aquella época, y la de los bucaneros se reducía a medios cañones, que tenían algo más de la mitad de su calibre, el destrozo que causó este bombardeo fué muy grande. Quedaban las piezas volcadas, como escarabajos patas arriba. Los artilleros lograron alejar dos cañones, salvándolos al fuego enemigo, pero la ciudad quedó a salvo de las granadas.

Las horas se deslizaron con monótona semejanza. Por dos veces intentaron los bucaneros asaltar la ciudad, pero fueron rechazados por los defensores. Al fin llegó la noche, trayendo bajo su negro manto el descanso que tanto necesitaban los españoles.

Pero un nuevo peligro les amenazó. Desde la obscuridad, los filibusteros comenzaron a bombardear la población. Medrano, desde el presidio, buscaba inútilmente los fogonazos para contestar al fuego, pero nada se veía. Desesperados, los españoles se apartaban de la empalizada, buscando el emplazamiento de las piezas, pero nada distinguían. Las granadas caían sobre la empalizada, derribando los troncos. Si lograban deshacerla, nada impediría el paso de los bucaneros.

Un muchacho se acercó al alférez.

—¡Señor, señor! —exclamó—. ¡Desde el campanario de la iglesia se ven los fogonazos!

Le siguió Juan a toda prisa y desde lo alto de la torre pudo ver, en la negra capucha de la noche, unos resplandores que se encendían sobre la tierra. Luego una granada caía en la trinchera. Por tres veces Pérez de Lerma pudo comprobarlo. Estaba muy claro lo que sucedía. Los filibusteros habían ocultado los cañones tras unos ramajes, de modo que desde el presidio no lo pudieran ver. Tan sólo quedaba una solución. El alférez descendió del campanario y llamó a Mendoza.

—Los alabarderos me acompañarán. Que dejen las armas largas. Tan sólo necesitamos espadas y pistolas. Les espero en la trinchera.

Saludó el sargento y se encaminó Juan hacia las defensas. El caballero Vélez de Guevara, que estaba al mando, se cuadró respetuosamente ante él.

—Voy a hacer una salida —explicó Pérez de Lerma—. Es necesario que hagamos callar a los cañones.

El anciano aristócrata se apresuró a decir:

—Pero eso es exponerse a una muerte cierta.

—Si no enmudecen las piezas toda la ciudad estará expuesta a una muerte cierta —replicó el alférez.



Los cincuenta españoles cargaron furiosamente.

En aquel instante llegaron los corsarios mandados por Menergas. Juan les expuso cuál era su misión y los peligros que encerraba. Luego, saltaron la empalizada y se internaron en la noche. Desde la trinchera, vieron sus compañeros cómo los corsarios se perdían entre las sombras dispuestos a enfrentarse con la muerte.

El alférez, espada en mano, avanzó por la llanura en dirección a

las baterías. Algún centinela que se interpuso en su camino, cayó atravesado de una estocada.

Cada vez con más claridad percibieron los estampidos de los cañones. A rastras continuaron su avance. Una vez cruzado el círculo de centinelas, a nadie encontraron. Los bucaneros se agrupaban junto a las hogueras, cantando y bebiendo. Al fin, distinguieron con claridad los resplandores que surgían tras unos macizos de ramas.

Con infinita precaución, los corsarios avanzaron hacia las piezas. Pérez de Lerma hizo una señal con la tizona y los cincuenta españoles cargaron furiosamente. La lucha fué muy breve. Los artilleros fueron acuchillados por los feroces corsarios. A los pocos minutos, el alférez dirigió una mirada a los cadáveres que rodeaban los cañones. Entonces, le dijo a Menergas:

—Empieza.

El cabo de alabarderos y sus dos amigos, los distinguidos Tuerto y Extremeño, vaciaron dos barriles de pólvora en los cañones y colocaron una mecha. Luego, se alejaron a toda prisa los cincuenta corsarios. Al encontrarse a suficiente distancia, prendieron fuego a la mecha. La lucecilla zigzagueó a través de la obscuridad, hasta alcanzar las piezas. Un horroroso estampido removió la quietud de la noche, al tiempo que una llamarada se alzó en las sombras. En el campamento de bucaneros estalló una salva de juramentos y de maldiciones. Los corsarios apresuraron su regreso a la ciudad.

* * *

María Luisa, que repartía la cena a unos soldados, se sobresaltó al oír la detonación. Casi al mismo tiempo los defensores de las trincheras prorrumpieron en vítores.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—El alférez ha destrozado los cañones enemigos —le respondieron—. ¡Quiera Dios que regrese sano y salvo!

Un miedo invencible se apoderó de la muchacha. Juan había hecho una salida, internándose en el campamento de los piratas. Aun se encontraba allí y podían matarle. El cerebro pareció que le iba a estallar y el corazón semejó detenerse en su pecho. Tuvo una visión del corsario tendido en tierra, sobre un charco de sangre. La ciudad giró ante sus y se hundió en las tinieblas.

De pronto, notó que le humedecían la cara. ¿Qué había ocurrido?

¡Juan! Todo volvió a su mente y, alzando los párpados, se puso en pie.

—¿Se ha salvado?

Un soldado comprendió enseguida.

—Llegó a la trinchera sin un rasguño. ¡No hay quien venza a ese alférez!

Las lágrimas afluyeron a los ojos de María Luisa. No, no había quien le venciera. Era superior a todos. Su sonrisa le hacía invulnerable. Deseó tenerle a su lado y apoyar la cabeza en su hombro, mientras los fuertes brazos del alférez, al enlazarla, le aseguraban que nada le ocurría.

Se apartó de los soldados y marchó en busca de Pérez de Lerma. Era necesario que le hablase. Nada en particular había de decirle, pero necesitaba estar junto a él.

De pronto se detuvo. Una voz, que conocía muy bien, decía:

—Que se monten los relevos y descansen los hombres. No es fácil que ataquen esta noche.

Los lindos labios de María Luisa se abrieron en una sonrisa de dicha. ¡Era él, Juan, el alférez, que siempre vencía!

El caballero Vélez de Guevara saludó, alejándose seguido de sus hombres. Dos centinelas quedaron junto a la empalizada. Pérez de Lerma se acercó a la trinchera y, acodándose sobre los troncos, contempló la noche en la que brillaban las hogueras enemigas.

La muchacha se acercó hasta el alférez.

—Hola, fanfarrón —dijo con dulzura.

Pérez de Lerma se volvió.

—¿No os hirieron en la salida? —preguntó ella.

El corsario negó con la cabeza.

—Ni un rasguño.

La joven le envolvió en una mirada de adoración.

—No deberíais exponeros así.

—¡Bah! —exclamó él encogiéndose de hombros—. Es parte de mi trabajo. Desde muy niño que no he hecho otra cosa.

—¿Y no pensáis en que pueden mataros?

—Procuro no hacerlo —dijo Juan con sencillez—. Ningún soldado lo cree, aunque admite la posibilidad. Cuando se parte para

una misión difícil, en la que es muy probable perder la vida, pensamos: alguno quedará con vida y ese puedo ser yo.

María Luisa sonrió con admiración.

—El Rey puede confiar en hombres como vos. Vuestras espadas le defienden.

La repetición de estas palabras, que una vez causaron el enojo de la joven, sorprendieron al alférez. En las obscuras y acariciadoras pupilas de María Luisa creyó encontrar la razón. La luz que en ellas brillaba era bastante significativa.

Juan dio un paso al frente. La muchacha permaneció inmóvil y sus manos se alzaron como en una súplica. Pérez de Lerma se acercó más a la joven.

—Quiero defenderte a ti, María Luisa. Por esta razón he luchado con tanto esfuerzo.

Los labios de ella sonrieron, como si le invitaran a besarla. Juan la tomó entre sus brazos.

—Siempre te defenderé —murmuró.

Las manos de la muchacha se alzaron hasta acariciar el semblante, manchado de pólvora, del alférez. El contacto de los finos dedos sobre su piel, estremeció a Juan.

—Te quiero, María Luisa —murmuró.

—Yo también —respondió ella en voz baja.

Juan agregó con naturalidad.

—Ya lo sabía.

María Luisa sonrió de nuevo.

—¡Fanfarrón!

Los dos jóvenes se miraron a los ojos y se besaron con pasión. Luego, la muchacha apoyó la cabeza en el hombro del corsario. — ¡Qué feliz soy!— susurró. El alférez la estrechó con fuerza. De pronto, todos sus músculos quedaron en tensión y soltó a María Luisa. Ella, sorprendida, le miró. Los ojos del aventurero permanecían fijos en un lugar. Ella siguió la dirección de su mirada.

Uno de los centinelas permanecía inmóvil junto a la trinchera. Un hombre saltó sobre su espalda y, envolviéndole la cabeza con una capa, le apuñaló. El centinela cayó, sin exhalar un gemido. Luego, el hombre tomó un farol y lo alzó sobre la trinchera, agitándolo varias veces, como en una señal convenida. Juan desenvainó la espada. Era el espía. El hombre que vendía a sus

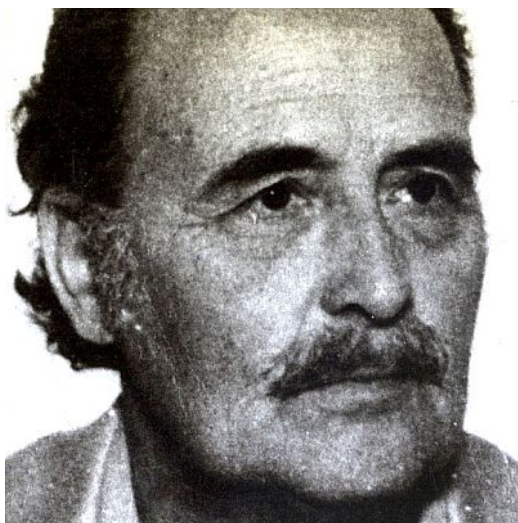
compatriotas a los bucaneros. Empuñando la tizona se lanzó sobre él. El espía se revolvió, disponiéndose a defenderse, pero un golpe de plano le derribó sin conocimiento.

Pérez de Lerma gritó con fuerza.

—¡Aquí la guardia! Se oyó a lo lejos el rápido caminar de una ronda y el alférez examinó al caído. Un amplio sombrero, le ocultaba las facciones. El corsario se lo quitó. Quería conocer al traidor. Al contemplar su semblante se le escapó un grito de asombro.

El rostro que tenía ante él, era el de don Álvaro Guzmán, corregidor de Ciudad de la Perla.

fin



Jacinto León-Ignacio Ruiz de Cardenas
(1919-1991):

H. Onson). Nacido en Barcelona, trabajó como redactor de la revista de cine Fotogramas colaborando también en El Correo Catalán, Algo Horizonte y TeleExpres. Fue un prolífico traductor entre otros de las obras de Hemingway y Jack London. Cultivó en la novela popular no sólo el género bélico sino otros como el Oeste y policiacas, firmando como León-Ignacio, J. León, J. Dixon, y Sterling Graham. Era el autor de la gran mayoría de las novelas de la colección Hombres del Oeste, de la editorial Clíper, y un buen número de títulos en otras colecciones como Pueblos del Oeste, también de Clíper, y en varias de las series dedicadas al western de Bruguera, donde también escribía como J. de Cárdenas en la colección Bisonte y en Servicio Secreto de Bruguera como J. Dixon y Sterling Graham. Con el seudónimo León-Ignacio publicó cuatro libros de tipo histórico, A ras de tierra, Corpus de Sangre, Los quinquis y Los años del pistolerismo en Barcelona. Ensayo para una guerra civil. La mayor parte de las novelas de la colección Bazooka se deben a su buena información sobre la Segunda Guerra Mundial. El cuidado que transparenta su información sobre los hechos que relata se nota en los numerosos pies de página para informar al

lector sobre las técnicas las tácticas de los contendientes. Acompaña un plano para poder seguir el acontecimiento que describe.

Notas

[1] Contracción de vuesa merced. < <

[2] Véase «Tormenta sobre Yucatán». < <

[3] Isla situada ante la ciudad de Panamá. < <

[4] Histórico, como todo el relato de Francois L'Olonais.

< <

[5] Véase «Aventureros del Mar». < <

[6] Véase «La Máscara» y «La venganza de la Máscara». < <

[7] Véase «Aventureros del Mar». < <

[8] Véase «Tormenta sobre Yucatán». < <

[9] Más adelante, cuando debido a un tratado la isla paso a poder de Inglaterra cambió su nombre por el de Saint George, que aun conserva. < <

[10] Antiguamente, fortaleza militar. < <

[11] Contracción de vuesa merced. < <

[12] Cargo parecido al de gobernador militar en el que se reunían los poderes civiles y cuya autoridad era superior a todo el mundo. < <

[13] La alabarda era el distintivo de sargento. < <

[14] Hermano bastardo del Rey que era generalísimo de las fuerzas de tierra y de mar. Nada tiene que ver con el vencedor de Lepanto.

< <

[15] Batalla entre franceses y el ejército español en la que vencieran los primeros. Dos factores influyeron en la derrota, ante todo que el conde de la Fontana, jefe supremo de las fuerzas, que estaba impedido y debían pasearlo en una silla de manos, murió al pasear por las avanzadas bajo una descarga francesa. En lo más duro del combate, los tercios italianos se retiraron, dejando a los españoles y alemanes, que murieron en el campo. Cuentan que un capitán español herido al preguntarle los franceses de cuántos hombres contaba el ejército, exclamó: «Contad los muertos». < <